

Las Enseñanzas del Señor Roquesor

©Walter Alejandro Iglesias 2000

MINI PRÓLOGO

Las Enseñanzas del Señor Roquesor nació en forma de pequeños escritos a golpe de bolígrafo en hojas de cuaderno que repartía entre algunos amigos del barrio en que me crié, en la periferia de la capital de Argentina. El sentido común me decía que debía escribir en el idioma del destinatario de ahí que mis escritos bebieran de series de televisión y películas taquilleras. Estaban poblados también del tipo de humor y códigos de la gente del barrio, incluso en ocasiones el protagonista y algunos personajes hablan con acento porteño y utilizan términos del lunfardo, que es la jerga del porteño. Así y todo no era fácil seducir a los pocos que tenían cierta iniciativa por la lectura. En resumen, me había puesto por consigna decir lo que yo al menos consideraba importante disfrazado de algo chabacano con tal de no espantar a mis pocos lectores potenciales.

Supongo que debe valer poco si uno la juzga escolásticamente, lo sabrá el entendido. Igualmente a riesgo de lavar su folclore intenté adaptarla a un público más genérico porque sé que quien logre unir el *collage* tácito en sus retazos encontrará más de lo que espera.

El Autor

Desde muy fuera del Universo,

desde invisibles parajes

llega un nuevo

profeta.

Hoy,

camina

entre nosotros;

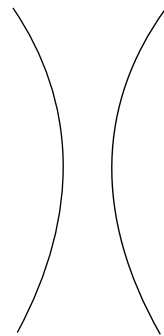
vagando por La Tierra

anuncia la llegada de un fin...

y un nuevo principio.

*A los sobrevivientes,
a mis amigos-enemigos:*

LAS ENSEÑANZAS
DEL SEÑOR
ROQUESOR



I

...y desde la altura vio los eucaliptos empequeñecer, al Dios con Al-pargatas jugando en los Campos Verdes, al Payaso de Mármol escondido entre los escombros del arte, a La Ñata dormida con la cotorra cagándole la ropa, al Pequeño Nico dando vueltas en círculo, intentando escaparse de los hombres, en fin, Porlan convergía en un punto al tiempo que se engrandecía en la Séptima de sus Cabezas. Como manto, las nubes, luego la última capa de gas arroparon lo que fue. Una vez más la curva del horizonte revelaba su redondez y los azules, las distintas tonalidades del agua llenaban sus ojos, aunque éstos ¡ya habitaban su nuca!, querían salirse de órbita, ver más.

La vista desde este estrato, desde donde La Tierra parece hermosa, le recordó su primera experiencia, cuando maravillado ante el maizal de luces se dijo *¡Cuánta energía desprenden estos seres!* Y estrepitó en su cerebro el severo acertijo *¿Tendría razón aquel guerrero?, ¿será esto la muerte?* El futuro le aguardaba con su congelado abrazo.

«¿Será la felicidad una cínica, bufa demostración por el absurdo? Os digo, de cada cardo que la vida plante en mí nacerá sólo una púa, pero espléndida, violácea, se erigirá como columna en dirección determinada, hiriendo un deseo, una parte concentrada del cosmos. Y en cada punta filosa mi veneno, como caldo mortífero de rosas... Más y más púas nacerán de mí, desde la distancia se las verá abalanzarse al cosmos en direcciones opuestas, desvelando mi verdadera imagen, curiosa planta biónica de madera, carne y metal.»

Habían sido sus últimas palabras a sus no-discípulos que habían ido a despedirlo al escondido paraje del despegue.

—¿Por qué es necesario sufrir? —balbuceó Son Toniut, el más sensible.

—No lo sé mi querido amigo —respondió grave y melancólico el Septcéfalo—, realmente no lo sé.

Selló su mirada tierna la puerta de heladera vieja que completaba la hermética carcasa. Quedó sólo un silbido grueso y a la vez agudo perdiéndose entre las estrellas, y un vacío negro de infinita masa que los absorbía a seguir creyendo en ese *no lo sé*.

CÓMO EL MAESTRO GOLONDRINO CONSTRUYE SU CURIOSA NAVE

Claro, no iba a ser fácil construir una nave espacial. Conseguir todo lo necesario iba a llevar un par de meses. Las ideas no están hechas, hay que hacerlas. Para estos casos de incertidumbre Roquesor tiene su bolsa de churumbeles donde revolviendo generalmente encuentra la solución material, un tornillito, un pedazo de cartón de grosor determinado, un cacho de fundición de aluminio —como decía su tía Ñata, “Aunque parezca mentira, todo para algo sirve”. Por último, adecuando o más bien resignando la gelatina que uno tiene en el cerebro al dilema geométrico en cuestión se da forma a la idea.

Para semejante artefacto utilizó el mismo método pero a escala. Roquesor caminó y caminó, mirando la basura tirada en las esquinas, las casas abandonadas, la chatarra en los baldíos, los fierros de los corralones, observó también a las personas, los movimientos de sus manos, ojeó revistas con dibujos, vio películas, series de televisión... Poco a poco fue reuniendo el material que en una noche de verano gestó la forma final. Luego el problema era cómo la sacaría de la atmósfera.

El convertidor de masa

En su taller, mientras tomaban unos mates discutían estos detalles técnicos con Son Setaro, aficionado a la mecánica de automóviles. Roquesor se quejaba.

—El sistema solar no tiene vida, ¡es más aburrido que una cancha de bochas! Y si quiero llegar lejos tengo que encontrar la forma de viajar aún más rápido que la luz.

—¿Le vas a meter naftalina al tanque? —Son Setaro riéndose.

Esa misma noche montaron la nave sobre una báscula de depósito; pesaba media tonelada. Roquesor utilizó un horno microondas roto para bombardearla con radiación, aceleraba sus partículas hasta distintas frecuencias a la vez que testeaba con un afinador de guitarra eléctrica. Después de días de intentos, en la soleada tarde del 25 de Abril de 2001 se dio el hallazgo, los átomos, todos y cada uno vibraron en unísono perfecto, conviviendo en la longitud de onda adecuada dejaron ver a través de sí. Al mismo tiempo la báscula indicaba cada vez menos masa, cien, cincuenta, veinte, cinco, dos. Llegó a cero emitiendo un destello acompañado de un dulce silbido y un desplazamiento de aire en todas direcciones. ¡Sí!, gritó Roquesor, ¡sí!, al ver la nave convertirse en luz.

El Narval, como lo bautizó el Golondrino, estaba listo para su primera prueba de vuelo.

El reloj de Vera

Había convencido a Son Tatú para que participe aquella tarde del 26 en el debut de vuelo del Narval. Trasladaron la nave a un paraje oculto en los Campos Verdes, lugar que ya había elegido como punto de despegue del Gran Viaje. En los terrenos abandonados del ferrocarril, las ruinas de galpones, los fantasmas de los trabajadores y alguna que otra gallina indiscreta fueron testigos de la hazaña cibernética; el Narval, con su silbido característico se esfumó ante la vista de todos. Pero esta vez con el Golondrino y Tatú a bordo en lo que sería una de las tantas pruebas preliminares.

Tal como había dicho, el inquieto Golondrino no iba a conformarse con alcanzar la velocidad de la luz. Había adicionado a su acelerador de partículas plaquetas de la máquina de rayos que habían robado con Son Toniut de la sala de primeros auxilios de la zona. Otros dos chicos del barrio, Mencho San y Manuel Vera, también hicieron su aporte: un radio grabador roto, un conversor de canales, un revolver a cebita, un reloj deportivo con cronómetro y una linterna de plástico verde.

El reloj venía al pelo para medir la velocidad de la nave. Luego de haber reflexionado sobre las limitaciones del Narval, Roquesor estimó conveniente realizar ésta y las pruebas posteriores en las afueras, de ser posible en un desierto o en la cima de una montaña, con cielo limpio y radio de acción. Porque, podía viajar tan rápido o tal vez más pero, aunque en este caso inferior, la velocidad de la luz seguía siendo un límite. Además, con trayectoria forzosamente recta cualquier objeto en el camino provocaría una parada no deseada o aún peor, un obstáculo con las propiedades de un espejo o las de una lente desviaría críticamente el rumbo. Y no era la preocupación del Maestro Golondrino seguir rumbos desconocidos sino la evidente consecuencia de chocar y materializarse en una estrella como el Sol, no así en un planeta de atmósfera escasa porque todos los agujeros de la nave habían sido cuidadosamente sellados, la puerta de heladera que habían tirado a la calle los del club Juventud cerraba perfecto, la ventanita de dos hojas estratégicamente situada al costado de la cocina a gas tenía burletes de goma gruesos y por si estas precauciones fueran pocas un par de plantas de interior renovarían el oxígeno.

En resumen, siendo luz no es posible estrellarse aunque sí rebotar o, mejor dicho, reflejarse, por eso la dirección de despegue aconsejable era obviamente hacia arriba. Ahora bien, si toda la nave se convertía en luz, ¿qué le daría dirección? Este punto también había sido previsto por el ingenioso Mutante, su convertidor de masa discriminaba las distintas partes de la nave, el cilindro de ladrillos refractarios que conformaba el fuselaje servía también de foco. El secreto era desfasar la transformación del fuselaje unos nanosegundos, mantener su estructura en un sutil punto intermedio entre partícula y onda (al que más tarde denominaría estado NON) y una vez el resto de la nave estuviera en camino se completaría la transferencia de esta parte rezagada. A la vista el proceso era imperceptible.

Así y todo, si no fijaban bien las coordenadas incluso ir de un punto a otro de la Tierra podía resultar peligrosamente incierto. Era imposible en forma directa, debían o bien hacer escala en la Luna o bien rebotar en algún satélite. Excepto para la prueba de velocidad (poco significa a la luz la distancia de la Tierra a un satélite) la segunda opción era la más práctica para el traslado, hay muchos satélites y a toda hora. Además de lo considerado anteriormente el destino debía estar lejos

aunque no en la otra punta del globo, estar despoblado para evitar testigos no deseados y, por sobre todo, su geografía debía ser conocida. No por casualidad, su memoria evocó el lugar ideal; en el último de tantos veranos que había pasado en las sierras de Córdoba con su tío Raúl, con sólo doce años de edad Roquesor trepó a la cima de una de estas sierras, de ahí que aún recordaba el lugar con la calidad fotográfica con que recordamos sucesos de la niñez. A las 4:00 PM seguían mirando la tele y tomando mate con Tatú dentro de la nave cuando al corregir por enésima vez la antena del televisor la dirección triangulaba exactamente con el destino fijado: La Banderita, una sierra mediana a 700km de distancia de donde ahora se hallaban. Era el momento, Roquesor respiró hondo y accionó ligeramente la palanca; su primera asombrosa experiencia fue ver como sus cuerpos se transparentaban volviéndose al tiempo más brillantes. Por acto reflejo empujó la palanca a su posición inicial, ¡no había probado el convertidor de masa en materia orgánica! Sonrieron al comprobar que todavía estaban vivos y con todo en su lugar. Tatú se tocaba los huevos.

Esta vez tiró de la palanca sin miedo. El televisor perdió la señal, el techito de zinc que completaba el fuselaje comenzó a chasquear y un frío repentino empañó la ventana. Al pasar el trapo al vidrio vio el poste que hacía de mástil aguantando el chaparrón. En la punta aún conservaba la banderita de chapa oxidada, tal como el Golondrino la recordaba de su niñez. Todo había salido según los cálculos, ¡el Narval ya descansaba en la cima de la sierra! Y hablando de cálculos:

—Ya esta parando la lluvia —avisa Tatú.

—Para hacer la prueba vamos a esperar a que oscurezca así ves con claridad la trayectoria de la nave. ¿Caminamos un rato por la sierra mientras tanto?

—Tenemos que juntar madera. Sin fuego a la noche nos vamos a cagar de frío.

—Ya tengo todo calculado. Chispeá la heladerita de viaje, ¡traje una tira de asado y un tinto!

Al volver del paseo traían madera y un esqueleto de alambre de colchón para usarlo de parrilla. Así recibieron la noche comiendo y chupado contentos sentados al lado del fuego. Y no podía ser mejor, gracias al temporal el cielo acabó limpio y estrellado.

—A ver. Si la luz viaja a trecientos mil kilómetros por segundo y la distancia a la Luna es de trescientos ochenta y cuatro mil cuatrocientos kilómetros, el Narval debería ir y volver en dos segundos con cincuenta y seis centésimas.

Roquesor se encaramó al Narval y lo programó para un viaje de ida y vuelta a la Luna sin escala. Afuera, Tatú sostenía con ambas manos el reloj luminoso con cronómetro regalo de Manuel Vera. Una vez comprobó que todo estaba listo, Roquesor alzó su diestra en ademán a su amigo que lo veía a través de la ventana y posó la siniestra suavemente sobre la palanca del convertidor de masa. Se miraron mutuamente, concentrados. La batuta bajó al unísono con la palanca del convertidor y el botón del cronómetro. La prueba duró un destello.

—Dos segundos clavados —dijo Son Tatú ni bien Roquesor abrió la puerta—. ¿Volvemos a casa?, con el frío me agarró hambre de nuevo.

EL BIÓNICO MATA A SU HIJO

Por más que le calzó una gorra hasta las orejas no logró que el niño sanedrí pasara el control de calidad; para el criterio estético malo los ojos verdes eran repudiables. A sólo tres centímetros (equivalentes a dos años luz de una dimensión normal) del planeta Malo, donde había vendido un contingente de niños genéticamente estables el Golondrino había acampado en un asteroide que flotaba a la deriva. Sentado en una piedra, al costado del Narval III, de dimensiones comparables a las de un porta aviones terrestre, contaba los 350000G, moneda unificada del Quinto Órgano a la que no acababa de acostumbrarse. Después de comerse al rechazado se echó a dormir en una de las cavernas.

Cuando sintió el silbido ya los tentáculos rodeaban su cuerpo. A un siglo de aquella tarde en que dejó la Tierra (aún conservaba el reloj luminoso de Vera que apretando un botón te dice la fecha), el uso continuo del convertidor de masa y saltar de una atmósfera a otra más rara que la anterior habían sofisticado sus sentidos. Además del tentáculo en su cuello el silbido se mezclaba con la música y los aromas de aquella noche en el palacio. ¿Cómo había mutado en esto aquella bonita tez azul? Era Varia, única hija de Asdrubal, rey de uno de los estados más ricos del planeta Andur.

La asfixia provocada por la atmósfera pobre del asteroide acabó despertándolo de la pesadilla. Del techo de la cueva aún colgaban los pequeños roedores, similares a murciélagos, inmutables a pesar del sil... ¡El silbido!, ¡aún oía el silbido!

Vorgina se materializa

El silbido se acatarraba y aparecían las partículas dibujando el cuerpo de un joven. Alto y delgado, cabello largo y rubio, semblante azul de la madre..., ningún otro ser habría vibrado con la frecuencia de su difunta esposa, era Vorgina, ¡su primogénito! La adrenalina terminó de despertar al Mutante que ya tanteaba los botones de su bastón. El botón más grande, debajo del pulgar, accionaba el convertidor de masa del traje de malla metálica suspendiendo inicialmente en estado NON a su portador. Rodeaban a este botón cuatro en estrella, uno por cada punto cardinal, que al accionarlos desplazaban al portador del traje en forma de luz cada uno en su respectiva dirección con tal prodigiosa velocidad. Del otro lado del mango, debajo del dedo índice, estaba el botón que accionaba el láser que podía traspasar o cortar cualquier material. Por último otro debajo del dedo mayor disparaba hologramas que reproducían en forma y se movían al unísono con el original que suspendido en estado NON tenía justamente la apariencia de un holograma. Este camuflaje era útil dado que el estado NON, única manera de permanecer en un sitio o desplazarse a velocidades inferiores a la de la luz, aunque sí a los golpes no es inmune al láser, que quema las partículas provocando daños o heridas irreversibles. No iba a ser fácil el combate, ¡su hijo contaba con la misma tecnología!

Los motivos del chico no eran claros. Entre otros su abuelo materno, el rey de Andur, culpaba a Roquesor de haberlos abandonado. Había sido un regalo de este viejo risueño la actual nave del Golondrino, en recompensa al progreso científico que éste había generado en sus cinco años de estadía en Andur. Entusiasmado con el convertidor de masa le había proporcionado lo necesario para que lo perfeccionara ignorando que Roquesor permanecía ahí en calidad de refugiado y su estadía no duraría más que lo suficiente. En sus viajes había ganado la enemistad de muchos poderosos, especialmente la del Emperador del Órgano Tercero que no pudo seguir cobrando impuestos al dios de la Tierra desde que, persuadido por Roquesor, había abandonado su

puesto para peregrinar por el espacio. Algo de razón tenía el Rey, Roquesor podría haber ayudado de no ser que hacía años que había vuelto a su oficio y a años luz estaba de enterarse de la decadencia de este pequeño planeta que antaño le había dado su etapa más próspera. La inestabilidad de la atmósfera anunciaba lo inevitable y sólo los ricos poseían naves para emigrar, así se culpó al avance tecnológico de la guerra de clases y a Roquesor de que Varia muriese en uno de estos altercados. De todos modos, por ley natural los jóvenes de una manera o de otra siempre acaban matando a sus padres.

Por las dudas, Roquesor ya había presionado el botón del láser que perforó el hombro de su hijo ni bien se hizo visible. Ahora flotaban enfrentados cada uno camuflado entre veinte proyecciones de su propia imagen. Pero, el chico ignoraba hasta qué punto era singular la genética de su padre. El personaje que tenía ahora en frente distaba tanto del que su madre había conocido en Andur como éste último del que conocieron los no-discípulos en La Tierra. Además de su hombro lastimado contaba con otra desventaja, en su caso de nada servían los hologramas, el Mutante podía oír la vibración de su cuerpo.

—Será una pérdida para ambos —disimulaba Roquesor dirigiendo la vista hacia uno de los hologramas—. A tu edad también buscaba venganza pero, ¿qué mejor venganza que el perdón!

Con el discurso distrajo al muchacho lo suficiente para acomodarse el calzoncillo que le venía apretando. El joven respondió embistiendo al segundo holograma a la derecha del Golondrino. La carcajada de Roquesor enfureció aún más al novato que comenzó a disparar su láser a ciegas derrumbando parte del techo de la caverna. En medio de la confusión el experto Mutante le hace soltar el bastón con un ligero golpe en la muñeca. El chico se materializa y cae a plomo.

El Mutante descendió y soltó también el suyo. Durante años había deambulando solo por el espacio y supuso que el muchacho no había corrido distinta suerte. La cara de otro ser, un rostro similar al humano le recordaba su infinita angustia.

»Humanidad, ¿qué lejos me encuentro hoy de tu regazo tibio! Aun recuerdo cuando cansado de mi soledad volvía a intentarlo, Yo soy el culpable, en algo debo estar errado, me decía convenciéndome de volver a entregarme, de volver a confiar. Humanos, ¡miserables!...

Al volver la mirada a su hijo su semblante volvió a la calma.

»Aunque, éste no es terrícola..., y, ¡es mi hijo!

Pero Vorgina seguía viendo al enemigo. Con sus últimas energías dio un salto y arremetió desenvainando una daga. Roquesor atrapó su muñeca antes de que la hoja le llegara al vientre, sus pezuñas de hierro desgarraron músculos y tendones del brazo del muchacho del cual fue alzado a diez metros del suelo.

—¡Puedes volar sin el bastón!, tal como me advirtió el abuelo —dijo el joven guerrero que colgaba de su brazo sangrando.

—De poco sirve lo que te hayan dicho de mí. Hijo mío, ya ni de tu mundo ni del mío soy —lo miró a los ojos antes de rematarlo—, y comienzo a creer que de ninguno.

EL CANTO DE LAS NEREIDAS

«No hay forma de salir de ésta. Probablemente sea el fin... —se decía Roquesor aferrado con sus cuatro extremidades a la parte inferior de un *cólon*.

En las circunstancias actuales reordenar su pasado era cuestión de vida o muerte. Habían transcurrido dos siglos Vera (¿terrestres?) desde su partida y a pesar de su memoria prodigiosa difícil era recordar.

»Pude haberme equivocado al creerlo posible. No encuentro la manera de percibir, de pensar sin razonar...

Y el Golondrino había conocido extraterrestres de sobra como para afirmarlos, las manifestaciones del intelecto diferían de una a otra especie en la medida que difería la mecánica de su fisionomía, especialmente la de sus sentidos y extremidades superiores que condicionan la estética de los hábitos por consiguiente de los códigos; en ésta y en una segunda instancia en el lenguaje, el trasfondo de toda cultura obedecía los consabidos cánones.

Un 'cólon' no era más que una boya espacial, pequeño eslabón de una gigante cadena de trillones de años luz cuya función era marcar un límite específico: el espacio mensurable. Lo que hubiera más allá de este límite superaba la comprensión. Curiosamente no había obstáculo mecánico o tecnológico; decenas de intrépidos navegantes habían cruzado la barrera a lo desconocido pero los pocos que lograban regresar, esquizofrénicos, eran incapaces de dar un reporte coherente.

El Narval III cumple su último servicio

Ya traspasar un agujero negro del cuarto nivel no era aconsejable para este tipo y tamaño de nave y de conseguirlo no se sabía a cuál de las otras tres posibles dimensiones iba uno a parar. Perseguido por naves de combate de Tilo, planeta del Undécimo Órgano donde había parado a robar supermercados, Roquesor se aventuró a zambullir la enorme nave anduriana a un agujero negro ¡del octavo nivel! Las tensiones dentro del mismo acabaron despedazando el Narval y escupiendo los restos hacia lo incierto. Roquesor acabó flotando de espaldas al *no-espacio* con sólo un tanque de oxígeno. Prendido como garrapata a la boya espacial intentaba imaginar cómo sería este universo, cómo hallaría la forma de no enloquecer.

»Es imposible eludir lo lógico. No sé cómo pensar lo impensable. Puedo crear, es decir recrear, reordenar los códigos, renovar las palabras, pero ¿cómo eludir las?...

De pronto, el unísono de delicadas voces que parecían salidas de su misma conciencia se sumaron a su tormento:

*«Restaurando al Miguel,
El Ángel de la Capilla,
Con pequeñas espátulas
Y la furia escondida, [Ahhhjj, ¿Qué?
Aun, en la estable geometría,
Titánica reconstrucción,
Sutil albañilería... ¿Recuerdas?
Eres tú, [¿Quiénes sois? ¿Qué sois?
Él mismo,
¡En el cielo! ¡Arriba!, [¡Aun no he cruzado el límite...
El cielo que nos mira... [y ya pierdo la cordura!
¿Te acuerdas ahora?, [¿Qué queréis de mí?
Tú eras aquél [¡Decídme algo...
Traidor creador, que sonreía, [...más digno, creíble!
Titánico esfuerzo, [Aunque, os advierto,
Recuperando colores
En la Capilla Sixtina. [no tenéis posibilidad de engañarme...
Tú eres el mismo aquél [perdéis el tiempo; no soy un ser normal.*

Que sonreía. [Matadme,
Como Miguel, [abominables ángeles,
Aquél Ángel, [o retiraos de mí, de mi cerebro,
¿Recuerdas? [antes de que sea demasiado tarde:
Tú sonreías...» [¡habréis caído al peor de los laberintos!

—No estamos dentro de ti. Tampoco estás loco, no exageres. Eres el hombre pájaro, ¿no?, el Roquesor. ¡Bienvenido seas a estos pacíficos prados, estimado Paxarus Metálico! A tus espaldas estamos.

—¿Qué? ¡Qué osadía! ¡Presentarse ante este viejo belicoso como coro de ángeles! Ja, después de todo vuestra valentía me agrada. Pero acercaos, quiero ver cómo sois.

—No, no. Para vernos, deberás librarte de tu yugo.

—Ah, bicharracos inmundos, no sois diferentes al resto de los seres, ¡me pedís confianza! A pesar de que mi sufrido corazón biónico cuenta aún con la suficiente, ¿por qué debería seguir ofrendando algo tan valioso a cambio de desprecio e indiferencia?

—¿Has oído hablar de las nereidas?

—...

—Pues ahí está después de tanto tiempo tu bien merecida respuesta y recompensa.

—Dejadme entender... Quiere decir que este universo es psicológicamente líquido. ¡Como un mar!

Con ojos ansiosos soltó pies y manos entregándose al vacío.

II. El Señor Roquesor

«Ya llega lo que todos esperan, en el fondo de sus mentes se gestó y es lo suficientemente grande ya para nacer. Nada hay por mí inventado, nada que yo fabule y a quienes lo tomen como delirio de un loco les confieso: sólo soy el canal de parto de sus deseos profundos.»

TEOREMA DEL ORIGEN DEL ENGAÑO

Dos cosas no tienen cabida en el supuesto reino de los cielos: ser cruel y ver la Nada. Su divinura, el Señor Roquesor, tiene la audacia de ver la Nada y de enseñarla a sus no-discípulos con crueldad.

En su juventud solía caminar aunque no por el agua como el fulano ese. Pensaba lo que otros no pensaban, decía lo que otros no decían y hacía lo que nadie se animaba a hacer. Gracias a eso y a que se permitió ser malo su conciencia creció bastante, su cerebro se dividió, luego se multiplicó. Hoy ya tiene Siete Cabezas.

No tiene bienes más que sus Bastones Numerados. El Maestro Golondrino no tiene problemas en sus piernas, utiliza los bastones para golpear a sus no-discípulos en caso de que no entiendan o porque sí.

Roquesor tiene razón. Vos no.

Roquesor aprende, engorda y se come a sí mismo

Cada tarde, mientras regaba las margaritas que había plantado en el fondo de su casa, una vieja imaginaria se acercaba a preguntar lo que las viejas acostumbran preguntar. Él sólo respondía que sí y que no. Un buen día encontró el terreno pelado, ¡a las margaritas se las habían comido los chanchos!

Roquesor se comió los chanchos y las margaritas volvieron a crecer dentro de una de sus cabezas. Las otras seis albergan todo tipo de fauna silvestre, plantas estrambóticas, paisajes con árboles y montañas nevadas. Roquesor es feliz.

No tiene constancia de haber resucitado, ni de si esto es realmente posible. Cuando la gente cansada y temerosa de su crueldad viene a aporrearlo o crucificarlo Su Altitud entrega uno de sus clones igualitos a él. Más adelante hablaremos de sus Siete Muertes.

LA SOCIEDAD ACTUAL

Cierta noche, después de un largo viaje, Roquesor sobrevolaba las luces de una ciudad. Desde arriba el cuadro le impactó, ¡Cuánta energía desprenden estos seres!, se dijo. Entusiasmado plegó sus alas y bajó en las afueras, para evitar los ¡Estás loco!, ¡Tarde o temprano te vas a romper el alma! y cacareos por el estilo.

Pero a medida que se internaba en la ciudad las luces perdían relevancia, la gente era tanta y tan amontonada..., ¡Qué despropósito, se lamentó, qué cantidad de energía malgastada! Y no se hicieron esperar los ladridos de los Perritos Guardianes, *¡Quién te creés que sos!, ¡quién te da derecho a caminar erguido entre nosotros!*

Ya había aprendido a disfrazarse, pero no lo suficiente. Como en tantas ocasiones los talones le daban en el culo al pobre Maestro Golondrino entre escopetazos, gritos y argumentos pasados de moda.

Más tarde, ya a salvo del peligro, caminaba en los Campos Verdes en compañía de sus no-discípulos cuando el más joven le preguntó.

—Maestro, ¿qué lo hace a uno importante?

—Uno mismo.

—¿Y a la vida?

—El deseo.

—Pero..., cuando me entrego a mis deseos siento hundirme, morir.

—¿Como arrastrado por un demonio?

—¿Cómo lo supo?

LOS DEMONIOS

«Oíd con atención —Roquesor confunde a sus no-discípulos.

»Los cobardes evaden sus demonios. Con mirada torva y envidiosa fingen rechazo para luego acercarse con adulación cínica. Estas actitudes son en realidad un reclamo, necesitan que otro los guíe.

»Admiten sólo una palabra a la que consideran sagrada. Más de una les obliga a elegir.

»Por eso amigos míos, si queréis ahorraros de recibir gritos, insultos y amenazas gratuitos, ¡fijaos bien delante de quién abris la boca! Tened en cuenta que *para un cobarde toda opinión es una orden*.

Porlan

Hasta para sus habitantes Porlan es un lugar desconocido. Los que van de paso tampoco son conscientes de estar ahí ni del transcurso distinto de sus horas.

Parajes detenidos en el tiempo sembrados de yuyo, eucaliptos y ferrocarriles abandonados limitan y resguardan a Porlan del mundo exterior, los Campos Verdes. Allí disfrutó de su niñez feliz y salvaje, ese dulce indefinible que sembró en él la semilla del guerrero. Hoy el Maestro se detiene a aconsejar a los más jóvenes porque sabe que descubrirán su valor sólo cuando trasciendan sus límites.

»Viajando aprenderéis a aliaros con vuestros demonios. Y veréis cómo el miedo se transforma en entusiasmo.»

LOS GUSTOS

“Hay que saber pasar por la mierda sin ensuciarse”, le decía su abuelo, el Vendedor Engominado. El Golondrino revive en el recuerdo aquellos senderos bordeados de eucaliptos, los otros de lodo y muy

especialmente los abiertos a fuerza de machete, transitados hoy por fantasmas y hombres. La conciencia del Septcéfalo bullía por conocer lo inconcebible, ¡cómo iba a privarse de lo contrario a su gusto!

Pero su amor por la incertidumbre no era platónico. Decidido corrió el velo y halló otra más reacia y detrás otra y otra. Y al voltear encontró un cuadro semejante, igual al efecto percibido entre espejos enfrentados. El Maestro del Cromosoma Degenerado se partió al medio multiplicándose hacia ambas direcciones de la duda, hizo carne la ilusión y algo más.

«¿Qué clase de fe interpreta el infinito como un circuito cerrado, como un cambiar las cosas para no cambiar nada? —gruñía El de los Siete Quesos Agusanados—. También alivian su miedo a la muerte con resurrecciones o paraísos. Es obvio el carácter cíclico de la existencia pero para desgracia de los apoltronados felices la próxima nunca es igual a la anterior. [...] Y no deseo saber que hay después de la muerte, es mi última esperanza de asombro.»

Así, el equilibrio de aquel extenderse hacia ambos extremos de la duda no lo conformó, salió despedido hacia una tercera dirección.

LA NIÑEZ DEL GOLONDRINO

Puntos de vista

Todo lo que el Golondrino dice tiene su cimiento en pocas experiencias de su niñez:

No es un cuatro —le discutía un amiguito sentado al otro lado de la cartulina en la que dibujaban—, *¡es una silla!*

No, ¡a vos no te sigue! —le decía otro corriendo de un lado a otro mirando la luna.

«Así como necesitáis más de un ojo para percibir la profundidad —El De Las Siete Conciencias desorienta a sus no-discípulos—, para entender en profundidad necesitáis más de un punto de vista. Y, ¿qué mejor que ver a través de los ojos del otro?»

Comunicación

En el colegio aprendió algo no menos importante. Con los niños del barrio no había líder fijo, la autoridad dependía de la iniciativa y creatividad de cada uno. Raras veces usaban juguetes comprados, inventaban sus propios juegos. En cambio, con los grupos obligados y numerosos del colegio era tan estática y obvia la estructura que hasta podía trazarse el contorno con un lápiz. Incluso en los recreos cuando no había un adulto dirigiendo rodeaban a uno como a un tótem viviente y le obedecían en todo. Muy significativo era su juego más recurrente: perseguir y maltratar a los pocos que no se incluían.

«Integrarse a un grupo grande implica alienarse —desaconseja a sus no-discípulos—. Es más sano moverse en grupos pequeños.»

APRENDIZAJE Y CREACIÓN

«Los maestros no son más que críticos —paseando en los Campos Verdes se queja El Biónico frente a sus no-discípulos—. Seleccionan y detractan de acuerdo a un molde al que llaman su “saber”. Entienden el conocimiento como materia, la enseñanza como embudo, el aprendizaje como acumulación. La cultura se reduce a palabras que acomodadas de tal o cual lógica forma tejen un sinnúmero de enmarañados prejuicios...

»Este tratar el conocimiento en su estado sólido es parte necesaria de la mecánica del pensamiento pero ¿es posible estimular a que se digiera y no sólo acepte esta pesada maraña de símbolos? El arte enseña tímidamente esta opción pero hasta para muchos que se hacen llamar artistas pareciera ser sólo una característica más, un accidente.

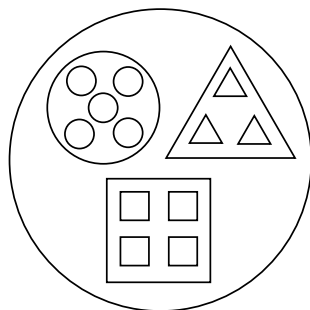
»Siguiendo con la imagen, el conocimiento se licúa en el subconsciente y atomiza en el inconsciente. Un ejemplo cotidiano es la necesaria función de los sueños, los filósofos antiguos mezcla de artista y científico ya sabían de su importancia. Para visualizar la digestión a que hago referencia el primer paso es aceptar que el conocimiento late en el inconsciente; si la humanidad tuviera que volver a empezar evolucionaría de manera sorprendentemente similar.

»El aprendizaje —concluye— es en sí mismo un proceso creativo, *uno realmente aprende lo que de alguna manera ya sabe*. Se aprende en profundidad cuando se percibe dentro y fuera, cuando se encuentra un paralelismo entre lo que se aprende en ambos universos, el exterior y el inconsciente. ¿Dónde está el límite entre aprender y crear?...

El pensamiento y los prejuicios

»Voy a daros otro ejemplo —sigue el Maestro Golondrino frente a sus no-discípulos—. La historia general es convenida y discutible, así también la maraña de prejuicios que almacenamos en la memoria.

»¿Qué soy si me abandonan en el espacio exterior? *Nada*, comparado con lo que soy en mi medio. Soy fulano, vivo en tal lugar, mis padres son tales, mis abuelos fueron tales, estudié aquí, allá, mis amigos, mi mujer, mis hijos, etc. Soy alto, gordo, bueno, hábil en esto o aquello, siempre comparando con los demás. Desde el punto de vista puramente racional todo lo que hemos percibido a lo largo de nuestra vida se agruparía de la siguiente forma —dibuja en la tierra con el bastón número tres (Fig. 1).



1. “Imagen racional”

»Pero hay un detalle que siempre olvidan quienes tratan de satisfacer a los demás y no a sí mismos, mirar hacia dentro, confiando en que ahí también hay un universo por descubrir. Se cobijan en razonamientos aunque su intuición adivine que se puede viajar más lejos y más rápido. Para lograr esto último es necesario destruir la plataforma de conjuntos y subconjuntos que creamos al abrigo de la cultura, eso que

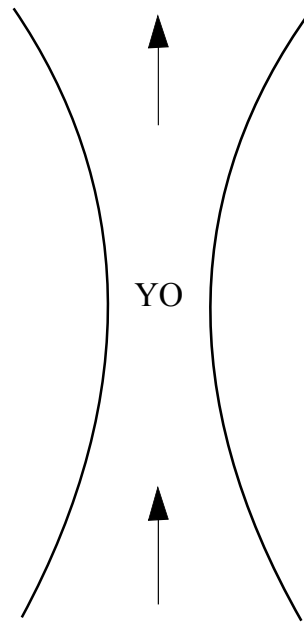
llamamos *humanidad*. Esto nos provoca la sensación de vacío del hombre abandonado en el espacio, en la Nada. ¿Qué hay detrás de esos axiomas? ¿Son mis raíces sólo diapositivas? ¿Las jerarquiza su contenido, su orden de aparición, su ubicación en la estructura? ¿O es la misma organización a que somete la mente la información lo que me identifica como especie y luego como individuo? ¿Soy mi mente o lo que soy excede a mi mente y me conformo con definirme dentro de lo previsible?

Y continúa a pesar del desconcierto de los jóvenes.

»Este salto al vacío es el precio del verdadero conocimiento. En la mente hay más que lógica, hay instinto. De no existir atajos seríamos prisioneros del primer problema que se nos presentase, intentando infinitas veces con un mismo modelo lógico, sin embargo, de alguna forma damos un “paso al costado” y sin saber cómo surge la solución. La mente no es capaz de verse a sí misma más que hasta un cierto límite; basándonos en nuestra intuitiva conciencia de la inmensidad del cosmos deducimos hasta qué punto no dejamos de ser un bicho casi tan óptico como el resto.

»Por si les interesa —vuelve a rascar la tierra con el bastón—, ésta es la forma en que yo percibo el universo (Fig. 2).

INCONSCIENTE



INCONSCIENTE

2. *“El poder del inconsciente”*

III

Tatú y el Biónico pisaban nuevamente el suelo ecológico de los Campos Verdes. Yuyo manchado de combustión de locomotora, botellones descartables, cartones de vino, parrillas improvisadas sobre ladrillos, ¡de nuevo en casa! El éxito de la exhaustiva prueba en la montaña apremiaba la esperada fecha del despegue.

Durante estos días de verano, en sus ratos libres Roquesor deambulaba por las calles calurosas y húmedas de Porlan sin prestar atención siquiera a sus pensamientos. Caminaba por ahí como asustado, atormentado, ensimismado. Yo, yo, yo, yo y yo, se decía golpeándose el pecho con el índice. Su mente ya vagaba por el congelado espacio y ni siquiera sus no-discípulos lograban avivar su semblante, traerlo de nuevo a la Tierra con sus alaridos y rituales. Si es que algún día regresa ¿podremos reconocerlo?, comentaban entre sí. Podría haber tomado la forma de algún insecto. ¡Quién sabe qué será de él!

¿Habrá cucarachas en el espacio?

La higiene era una de sus preocupaciones. ¿Habrá inodoro y bidé en los baños de otros planetas?, se preguntaba el Maestro. Seguramente encontraría más de lo que tanto le incomodaba en La Tierra pero igualmente estaba decidido a buscar el lugar en que imaginaba se sentiría a gusto, aunque sea por un tiempo.

ADIÓS ANDUR

En su primer siglo en el espacio, a 5000 *parsec* de la Tierra, habían transcurrido cinco años desde su naufragio en este pequeño planeta del Órgano Segundo. Roquesor intentaba explicar a su mujer que su destino no estaba en Andur.

Poco a poco había ido reemplazando horas de estudio e investigación por viajes de negocio que además de sacudirle el apoltronamiento servían de pretexto para volar y así aplicar y afianzar lo que había aprendido. Navegantes experimentados, los andurianos habían llegado a controlar la utilización de los agujeros negros y tenían mapas holográficos del universo donde sólo seleccionando un planeta aparecía el informe incluyendo costumbres y necesidades de cada especie que lo habitase. Rápidos para el comercio sabían como generar necesidades en sus clientes ayudados por las cadenas televisivas que abarcaban galaxias enteras. Por ejemplo los oriundos del planeta Rototam, cercano a Andur, se volvían locos por las mujeres del planeta Laudio, ¡a un año luz de distancia!, las deseaban más que a las de su especie sólo por verlas en televisión y no parecía importarles que sus genitales no fueran compatibles. Roquesor traía a menudo laudianas a Rototam donde las vendía a muy buen precio. Perseguir primitivos en las tupidas y algo peligrosas selvas ecuatoriales de Rencio, octava luna de Mango, daba un poco más de trabajo pero la captura de un solo ejemplar de pene hipertrofiado salvaba la jornada.

Así, en pocos años ya conocía lo suficiente y poseía los medios para defenderse solo en el espacio. Era hora de partir a buscar más colores que era el deseo de su corazón. Una mañana cristalina de 2081 del calendario Vera el Golondrino guardó su ropa en un bolso y contento como un nene se fugó a bordo del Narval III. Además de que podía cargar gran cantidad de mercancía, esta nueva nave contaba con un sistema de defensa considerable que sumado al convertidor de masa perfeccionado la hacían la herramienta ideal para retomar lo que había sido su medio de vida antes de llegar a Andur. Esta vez no contaba con sus antiguos compañeros, tenía que trabajar solo.

Acelere, ¡acelere canejo!

¡Nada me emociona más que viajar!, se decía recordando cuando jugaba en los vagones abandonados del ferrocarril y soñaba despierto con lugares lejanos. ¡Como cuando mi tío Raúl aceleraba su camioneta rumbo a las sierras de Córdoba cada verano!, evocaba al tiempo que pisaba el acelerador de la nave gigante. No concebía otra alegría que no fuera ésta. Sin duda su feliz niñez le obligaba a ver la vida desde esa profundidad.

El cielo se ennegrecía e inundaba de estrellas al salir de la atmósfera del planeta natal de Varia y de su futuro hijo... ¡Acelere sotreta!

LA VELOCIDAD DE LA LUZ

Tras contemplar la mirada temerosa y alegre de sus no-discípulos Rquesor cerró la hermética puerta del Narval, se sentó en el banquito plegable desde donde comandaba y después de mirar fecha y hora en su reloj, 19:35 del viernes 4 de mayo de 2001, se dispuso a jalar la palanca consciente del peligro que significaba. En ese entonces la astronomía no era su fuerte, algo había leído al respecto en la sección de geografía de su Manual del Alumno Bonaerense de 6to grado pero, prudente y aguerrido en su avidez de conocer y saber, le pidió a Dieguito, hijo del vecino de al lado, que le preste la versión actualizada.

Decidir la trayectoria del vuelo era indiferente, después de todo ni siquiera conocía la ubicación exacta de los planetas del sistema solar. Pero salió de noche, si iba a chocar con algo que no fuera el Sol. ¡Caminate, el camino está hecho!, se decía dándose ánimo, ¿no ve la hilerita de ladrillos en el barro? La verdad era que tenía miedo. La palanca para atrás y... PUM, a los cuatro minutos pasó por al lado de Marte. ¡A la mierda, qué hijo de puta! ¡Qué velocidad! Y a Júpiter que está a 628 millones de kilómetros lo pasó como a un poste a la media hora. Qué miedo ni mierda, ¡esto es lo que quiero!, gritaba el Mutante enajenado y su alarido rebotaba en las paredes del cosmos.

La nave de Pep

Salir de la atmósfera de Andur le recordaba su debut. Aunque ahora era capaz de triplicar aquella velocidad nunca volvería a sentirse como en la primera vez. Desde la cómoda butaca del enorme Narval III el universo se abría nuevamente ante las retinas endurecidas de sus ojos cónicos, ¡Si no es nada más que mi conciencia reflejada!, enunciaba emocionado, ¡Cuántas fuerzas conforman esta guerra!, ¡cuántas guerras conforman esta paz!, recitaba y se tocaba. Hasta que un haz de luz aproximándose a estribor le cortó la inspiración, una nave casi del tamaño del Narval que ahora volaba a la par intentando establecer contacto:

—¡Necesitamos ayuda! —se oyó en la radio en el tablero.

En el monitor una vez abierta la frecuencia apareció todavía con interferencias la imagen del supuesto tripulante de la nave vecina. La expresión gallarda y grácil del desconocido causó gracia a Roquesor.

—¡Qué pinta de troló!

—¿Cómo dice?

—Ah, perdón, creí que entendía el mezcaliano. Quise decir ¿qué cuenta de bueno?

—Lamentablemente de bueno nada. Estamos en situación de emergencia.

—¡No me diga! —Roquesor con cara de circunstancia.

—Al ver el tamaño de su nave juzgamos podría sernos útil. Por supuesto pensamos pagarle por su servicio.

—Cuenta.

—Nuestro planeta viene sufriendo superpoblación desde hace tiempo pero por sus características no pudimos prever y ocuparnos del problema con antelación. En principio enviamos naves de exploración buscando planetas con atmósfera adecuada, ahora comenzamos a trasladar gente.

—¿Adónde?

—Ya encontramos dos planetas. Pero el nuestro aunque joven tiene el tamaño de una estrella mediana.

—¿Y cómo es posible que lo hayan superpoblado?

—El período de gestación de la mujer temática es de noventa y ocho lacos (tres meses terrestres).

—Ah, “Temático”, ¡ahora entiendo!

—¿Conoce mi planeta?

—No, pero oí hablar... ¿Probaron buscar en la microdimensión?

—¿Qué es eso?

A pocas horas de haber dejado Andur ya conseguía el tipo de negocio que le cuadra, mucha ganancia poco esfuerzo. Lamentaba no tener a sus viejos compañeros para brindar.

—¿Cuál es su nombre, mi amigo?

—Teniente Coronel Jusepe Bonachone.

—Teniente Coronel de los pelotudos querrá decir.

—¿Qué significa “pelotudo”?

—Bienaventurado. Tengo la solución a su problema. ¿Hacia dónde se dirigían?, si no es inadecuada la pregunta...

—De regreso a nuestro planeta, no lejos de aquí. Si consiente venir con nosotros podremos sentarnos y oír con tranquilidad su propuesta.

—OK, troló.

—No me ha dicho su nombre.

—Licenciado Amandino Labrín —al tiempo tecleaba el falsificador láser y calentitos saltaban los papeles falsos—, subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores del Órgano Quinto, ¡a sus órdenes!

—Un gusto.

Así, siguiendo al Pep el Golondrino cantaba y hacía la batería con los pies mientras calculaba, ¡Con lo fértiles que son estas minas a cada grupo de diez le hago 50000G en el microcosmos!

ROQUESOR VE A LAS NEREIDAS

En uno de los extremos del Espacio en el año 2215 del siglo III del calendario Vera, Roquesor flotaba en la Nada con sólo un tanque de oxígeno. Demás está aclarar que después de haber traspasado quién sabe cuantos agujeros negros y saltando a dimensiones ora diminutas ora extremadamente lentas los datos que mostraba el reloj que le había regalado su amigo antes de dejar la Tierra ya poco valor científico tenían. Manuel Vera lo había encontrado en el suelo del mercadito coreano donde trabajaba de carnicero. Aunque parezca mentira tres siglos más tarde cambios de pila de por medio hasta la lucecita funcionaba. Cuesta creerlo pero al Golondrino no le es fácil desembarazarse

de los afectos, ¡cuánto más tratándose de algo tan arraigado como el concepto ‘tiempo’!

«¡Ah, hermosas ninfas, aurora frente a mí, vuestra palidez me cautiva! Quiero poseerlas, sí, ¡A TODAS!»

No estaba seguro de haber vivido dos siglos pero su condición de viejo verde la tenía asumida.

—¿Y a qué estás esperando? —respondió la más joven.

—¡Tú serás la primera, entonces! —se abalanzó penetrándola con el mismo envión.

—Mi hijo —la niña limpiaba sus arrugas al acariciarle—, ¿podrá volar como tú, en el mundo de los cuerdos?

—¿De qué hablas?

—Sabemos de tu mundo por los que han venido, pero enfermaron. Hoy aún vagan sin rumbo. Es importante que lo sepas, aquí también necesitas un sentido.

—No sé si entenderé el mío, suspicaz luciérnaga, pero el tuyo es transparente. ¿Entregarte a la aflicción de la mente?, ¿para qué?, ¡si eres el pensamiento mismo!

—Claro, ¡porque la carne no cuenta! —sarcástica la mayorcita—. ¿Cumplirás lo prometido?

—Por Homero, ¡pero dadle respiro a mi corazón biónico! O acabaré gritando lo que aquel guerrero, "Muerdo contento..."

Así tomó una a una la inocencia astuta de aquellas delicadas criaturas, mas ocurrió lo impensable, con cada una que fecundaba, en vez de menguar, su vitalidad aumentaba. Al llegar a la última no reconoció sus manos, ¡eran las de un joven! Su cuerpo nuevamente lozano, su cabello volvía a rozar sus hombros, ¡como sus años mozos!

»¡Nunca me había sentido tan fuerte! —decía entre emocionado y perplejo—. ¡Puedo voltear planetas con la ventolera de mis pedos! ¡SOY INVENCIBLE! (se oía la obertura Tannhäuser).

—Calma, hombre, calma —le palmea una el hombro—, o te ocurrirá lo que a los otros, ¿me oyes pajarote?, ¡no queremos perderte!

—¡SILENCIO! (sube el volumen de la obertura) —de la bofetada la pobre nereida fue a dar a las tablas de multiplicar—. ¡Quién dijo que podían “tenerme”!

Y Roquesor superó la velocidad de la luz sin artefactos e, inexplicablemente, sus pulmones resistieron el gélido vacío. Nada podía detenerlo, ¡ya no era humano!, nada...

»Pero, mi sentido... —se detuvo de golpe—, es conquistar la Nada.

Se dio cuenta de que no iba solo. La más joven de las ninfas, la primera que había amado, venía tras él.

—Llévame contigo —rogó la niña desnuda flotando en lo negro—. Eres un hermoso pájaro, los que te tratan de monstruo no saben ver.

Y el Biónico se hizo carne. Resucitó su corazón.

EL NARVAL CHOCA CON PLUTÓN

Cruzó Júpiter a las 20:05, apenas si lo pudo ver. Se habría detenido unos minutos en estado NON para contemplar el Gigante o Europa la luna donde decían probablemente habría agua y vida pero prefirió ganar tiempo, recorrer el universo llevaría millones de años y no contaba con tan buena salud, «Bah, qué puede haber ahí más que algún organismo unicelular —masajeándose la panza—. Si al menos hubiera un cornalito o una almeja». Tanto pensar en comida le abrió el apetito y comer luz no es divertido ni alimenticio, tuvo que arriesgarse a materializar la nave (si chocaba contra algo no la contaba) que por inercia siguió surcando el espacio con igual prodigiosa velocidad. Como ya tenía rumbo fijo mientras cocinaba calculaba que de vivir hasta los ochenta lograría alejarse como mucho cincuenta años luz..., no lograría salir de la Vía Láctea.

Siguieron tres horas en las que los planetas brillaron por su ausencia. Ya había pasado la órbita de Saturno y Urano y llegaría en minutos a la de Neptuno, ¡Qué lástima, yo quería ver los anillitos de Saturno!, decía el boludo. Aunque la velocidad no permitía apreciar mucho el Golondrino seguía comiendo pero atento cada tanto a la ventana. Tampoco vio Neptuno, «Embocar a Plutón con semejante órbita va a ser casi imposible», se dijo. Suerte que tiró de la palanca antes de dormirse en la silla, a las dos horas hizo impacto directo. La nave se materializó en segundos, al mirar por la ventanita Roquesor contempló el paisaje más gris de toda su vida, viento desértico y penumbra vespertina cubriendo valles y montes totalmente congelados. Donde uno de sus viejos amigos se vería a sí mismo como fantasma saltando

sobre glaciares, Roquesor jugaba, «De haberlo sabido me traía los patines, acá no choco con nadie», y resbalaba sentado sobre un mantelito de plástico de los que usaba en la nave cuando servía la comida.

Decidió dar una vuelta por las inmediaciones. Antes entró a abrigarse, ¡ya se le metía el frío en el cuerpo!

LA NAVE ORGÁNICA

—Pero aquí, ¿no hay estrellas?

—Están disueltas.

—¿Disueltas? ¿Qué quieres decir?

—Disueltas. Están en todos lados —respondía Yardía, la nereida, confundiendo aún más al Septcéfalo.

—Hace horas que volamos y no hemos visto nada. ¿Lo único con vida y existencia aquí sois vosotras?

—Lógico.

—¿Lógico?

—Sí, lógico. De todo lo que aquí hay, nada existe.

—Pero, ¿qué entiendes por “lógica”?

—No sé, trato de hablar con palabras de tu universo, para que puedas entenderme.

—“De todo lo que aquí hay”, dices, ¡pero nada veo!

La pequeña frunció el ceño, como tomando una decisión, y esperó. Una vez el novato se cansó de voltear en todas direcciones tratando de ver o encontrar algo, resignado, fijó su mirada en la nada. Era el momento de despertarlo.

—Yo sí veo algo —risueña Yardía—. Un animal enorme que se desliza moviendo lentamente su cola en un mar espeso y negro...

—¡Sí!

—Y por delante, un largo cuerno helicoidal va hiriendo su destino.

—El Narval, ¡en eso pensaba!

—Asoma el cuerno, luego su cabeza. Emerge y ve, en un mundo diferente, un medio diferente que en tiempos remotos había sido suyo. Suyo, al igual que el mar.

Y apareció delante de ambos. Una nave orgánica, con la forma de un narval gigante, que cambiaba de color permanentemente.

—Pero..., es real, existe. Mis pensamientos, ¡existen!

—Lógico.

—¡Puedo ver, ja, ja, puedo ver! Allá, mira, ¡un velador! Un velador hecho con una botella decorada con pedacitos de papel pegados y barnizados.

—No es un velador. Es el Sentido Común.

—Y, ¿aquél símbolo, que no termina de definirse? No logro fijarlo, no logro detener el continuo devenir de su forma, no para de cambiar, ¡es materia viva!, lo reconozco pero me es imposible clasificarlo...

—Eso, eres tú.

IV. Reivindicación de los pecados

«Abrió los ojos y contempló perplejo cómo lo sagrado sangraba. Las columnas del panteón se tornaron monstruos abominables. Primero temió mas luego entendió que sólo eran bestias imaginarias.»

Roquesor os recuerda

¿Qué sería de la creatividad si realmente existiese la libertad? ¿Qué habría sido de todo lo creado por el hombre? ¿Qué habría sido del hombre? El oxígeno se habría tornado irrespirable. Por supuesto, los más inteligentes entendéis que esto no es más que un divague teórico. Roquesor os revela: *la libertad no existe.*

¿Qué habría sido del arte, de la ciencia, de la procreación, de la supervivencia, de la conservación de la especie si realmente existiese el amor? Ningún árbol habría prosperado, quizá habría muerto antes de nacer o ya nacido quedado enano.

Los más despiertos entenderéis que el amor tal como la gente lo entiende habría castrado el desarrollo de cualquier ser vivo o lo que por sus manos hubiere sido creado. Pero no desesperéis al oír esto, Roquesor os recuerda: *el amor no existe.*

Y, si la hermandad, los ideales, la fidelidad, la sinceridad, la incondicionalidad, el compañerismo hubieran sido auténticos; si la amistad existiese, ¿se habrían conquistado nuevos territorios, nuevas filosofías, nuevos supuestos amigos?

Ya oigo los ladridos de los Perritos Guardianes. El temor impide asumir lo que los ojos muestran con nitidez. Igualmente, Roquesor os hará degustar el queso más agusanado, os enseñará la Nada con crueldad: *la amistad no existe*.

EL DIOS CON ALPARGATAS

El Dios con Alpargatas juega como niño con los niños en los Campos Verdes. Cuando los hombres le dieron muerte reencarnó en este muchacho desgarbado, jetón, con la cara granosa y la inocencia de niño de los retrasados mentales. Cansado de ser dios quiso ocuparse de él mismo, por eso en los Campos Verdes, donde los hombres se vuelven mansos, donde el tiempo casi se detiene él juega con los niños con movimientos dulces y brutos en el cuerpo de un retrasado mental.

Por las tardes Roquesor acostumbraba pasear por los Campos Verdes con uno de sus no-discípulos preferidos. Son Tatú, hecho de una aleación de acero y goma, hace rebotar las palabras veloces y filosas del Golondrino hasta no muy lejos de su cuerpo donde quedan suspendidas y comienzan a girar en torno a él; gracias a su terquedad mística es capaz de mantener las ideas cerca, sin que lo toquen. Y así se desplaza, Son Tatú, como con su propio sistema solar.

Fue en una de esas tardes, sentados a la sombra del nutritivo silencio de los eucaliptos, cuando lo vieron por primera vez. Acabó de jugar torpemente a la pelota y se acercó a hablarles como si los conociera desde siempre. Son Tatú y el Mutante se miraron tomando conciencia de qué ocultaba el personaje tras su apariencia precaria, mas por respeto acordaron no revelarlo a los hombres: «Algún día, una vez renovadas sus fuerzas, quizá decida reincidir», se dijeron.

Mientras tanto descansa en el cuerpo de un retrasado jugando como niño con los niños en los siempre cálidos Campos Verdes.

LA ÑATA

De crin blanca y cara apergaminada se desmorona La Ñata en hectárea de culo sobre la robusta silla. Sus piernas gordas y agusanadas terminan en ruinas de trapo y yute. ¡Pobrecita!, dice con cara complaciente a su gata mientras le acaricia la cabecita con su mano enorme.

Tiene en su comuna otros cinco gatos, tres perros, quince o veinte pájaros, una tortuga y cuatro cotorras que alguna vez aterrizaron en el fondo de su casa. Las atrajo y retuvo con su compasión; más tarde cortó sus alas, no sea que quieran recuperar su orgullo y olvidar este almita buena que les alojó en su seno.

¡Pobrecito el Sultán!, ¡pobrecito el Káiser!, dice a los perros de su marido. ¡Pobrecita la Coquita!, dulcemente a su cotorra que parada en su hombro grita y le caga la ropa.

Apenas pudiendo caminar por sus ciento no sé cuantos kilos lava, plancha y cocina a su marido. Éste al terminar su jornada se va el fin de semana entero con ‘un amigo’. «Pobrecita», dice La Ñata compasiva a su cotorra.

El argumento del altruismo

“Yo, que sólo vivo para mis hijos.”

“Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre, comed y bebed...”

“En el estado de Buda no hay egoísmo.”

“Todo por mi pueblo.”

“Por un amigo cualquier cosa.”

“Ama a tu prójimo como a ti mismo.”

“La caridad limpia el alma.”

«Mirad más alto y notaréis una estrella brillando en pleno día. Será el metal de mis alas reflejando el sol en vuestros rostros. Defecaré sobre vuestras tumbas, defecaré sobre vuestros ídolos y seguiré fertilizando así la tierra con la esperanza puesta en la dignidad del hombre.»

EL PAYASO DE MÁRMOL

El payaso envejece

Erguido en su mueca

Ni vive la risa,

Ni el aplauso siente,

Sólo escucha el grito

De su carne cautiva.

Así cantaba desde el mármol su falsa angustia de auténtico artista. ¿Vanidad?, ¿ambición desmedida?, cuando el aplauso acaba sólo las manos quedan. ¿A qué se referiría Mozart con la aprobación silenciosa? La angustia del que espera encontrar algo más que engaño en el arte acecha con su guadaña entre espejismos; grandes ovaciones, grandes obras, grandes hombres.

Los Grandes Logros

En la Ciudad Invisible rodeado de sus no-discípulos, Roquesor habla con la boca llena.

«Cuando alguien se acerque a felicitaros bastará con que estéis alerta. Pero ¡huid cuando la mayoría os aliente!

Sigue entre eructos.

»Cuando a muchos veáis matándose por algo no os molestéis siquiera en mirar de reojo por qué. Hallaréis lo importante ignorado, pudriéndose a un costado.

Y masajeando su abdomen:

»Hablad a quien lo valore y merezca, así sea uno solo. Los grandes logros son circo y el hombre más grande un ente.»

EL ÚLTIMO ENEMIGO

Su actitud era la de un anciano. A veces se aventuraba a la puerta a enganchar a algún vecino pero mayormente se encerraba en su casa, especialmente en el sótano donde tenía almacenadas sus ideas.

El Golondrino era uno de los pocos a los que les era permitido visitar el curioso sótano. El Dueño de La Verdad hablaba rápido, de forma fragmentada y subía el tono ante cualquier intento de interrupción. Nada brindaba, nada aceptaba, nada aprendía ni enseñaba, sólo se limitaba a defender su orden, sus estantes polvorientos.

Tras meditarlo algunos años, Roquesor tomó la decisión. En la madrugada de un lunes anunciando el final del otoño una nube púrpura penetró con la brisa por la ventilación del sótano. Y todo fue ceniza.

LAS ARTIMAÑAS DE LA RAMERA

Hablaba solo. Andaba brincando como un niño cuando desde la ladera del monte que bordeaba el sendero una voz aguda vociferó:

—¡Qué le causa gracia!...

El Maestro se detuvo mirando hacia las rocas.

»A usted le hablo —repitió la voz.

Y se hizo visible. Tenía cabeza de serpiente, cuerpo de gallina, las uñas pintadas en sus manos humanas y el culo para fuera como con hemorroides. Aunque su aspecto asustaba por su mirada insegura y su hablar entrecortado hasta parecía tener miedo:

»¿Se ríe de mí? Le advierto que soy implacable con los que todo lo toman en broma.

—¡Si no la había visto! —Roquesor excusándose—. Venía riéndome de mis propios chistes. Y sepa que no acostumbro mofarme, menos aún de alguien que no conozco.

—¡Conocerme! —el monstruo con risa sarcástica— ¿Quién le iba contar de mí?, ¿los que por aquí pasaron?

—¿Les propuso sexo?

—Ah, además de frívolo, ¡delirante!

—Vea, disculpe si le corto la diversión, es que a la gente insegura le gusta competir pero a mí me aburre. Ya que lo tiene que hacer, ¿qué le parece si pasamos directamente al acertijo?

Hacía siglos que nadie pasaba por ahí, ¿se habría olvidado de cómo eran los hombres? o ¿era alguno de los dioses que se apiadó al verla ahí envejecer de aburrimiento y le tomaba el pelo haciéndose pasar por mortal? De todos modos estaba en juego su prestigio.

—Asumo entonces que está al tanto de su situación y conoce las reglas. Responda: *¿Cuál es el animal que miente siempre?*

Roquesor volvió a sonreír.

—Ya libros antiguos daban recetas sobre “carta tan conocida”. Yo mismo en otro tiempo habría respondido sin vacilar. Sin embargo, hoy tengo mis serias dudas sobre a qué animal en concreto atribuir este hábito. La cuestión es más compleja y espero que no se ofenda si amplió el interrogante con un contra acertijo, *¿Cuál es el animal que todos dicen conocer y nadie conoce?*

—La respuesta es fácil —se apresura el monstruo vencido por la vanidad—, *el hombre*.

—Mi estimada esfinge —Roquesor marchándose—. Espero que la monotonía no le haga desistir. ¡Que tenga buen siglo!

Sin contestar el saludo el monstruo pegó media vuelta y se marchó colina arriba con su renguera de perro.

EL PEQUEÑO NICO

El Pequeño Nico atravesó la ciudad y no encontró ninguna flor. Se paró sobre el taburete de un lustra botas y quiso hablar con un semáforo por encima de los hombres que transitaban con cara de zombie.

—Hola —dijo el Pequeño Nico.

El semáforo no respondió. Luego de haber caminado largo rato a través de la urbe descubrió al fin una ruta menos transitada. Temía haberse perdido cuando la manguera de un portero que lavaba la vereda de un edificio lo salpicó al serpentear.

—Hola —saludó Nico.

—Hola —respondió la manguera—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Busco alejarme de los hombres, ¿en qué barrio he caído? Caminé ya exactamente treinta y tres cuadras sin éxito.

—Si sigues en esta dirección no te desharás por completo de ellos pero encontrarás un barrio tranquilo. Te noto enojado.

—Estoy disgustado con una vieja italiana.

—¿Por qué? —preguntó la manguera, acostumbrada a chusmear.

—La saludo al pasar cada tarde, Hola, le digo sonriendo, y ella me contesta *¡Ma, no se dicke hola, se dicke buona tarda!* No pienso volver a saludarla.

—A los adultos les cuesta abstraerse de la lógica de las palabras, cuando uno les habla con intenciones entienden para el lado de los tomates. Especialmente los italianos.

—Claro como el agua —respondió Nico, un segundo antes de que el portero cerrase la canilla.

«Si a los humanos les cuesta tanto entender lo que se les dice, entonces, con ellos no se siente compañía», se dijo y siguió su camino.

Ya en un barrio alejado se detuvo a dialogar con un perro que asomaba la cabeza por entre las rejas de una casa.

—Pst, niño —chistó el perro.

—Hola —se acercó Nico.

—Necesito que me hagas un favor. Ábreme la reja, no soporto más vivir como mascota. Antes ladraba diligentemente a todo el que pasaba pero entre otros, un niño me tiró un ladrillo y un viejo me dio un bastonazo. Yo sólo complacía a mi dueño, *chumbe, chumbe*, me grita. Ahora, ni bien se mete en la casa me hago el tonto y no ladro más. No quiero recibir más golpes.

—Pero tienes techo y comida.

—Sí, eso no me falta. Pero detrás de estas rejas no hago más que ver la vida pasar. Ayer mismo vi cómo el perro del almacenero se montaba la pequinés de la vecina que se descuidó al sacar la basura. Y cómo más tarde mascaba los huesos que acostumbran tirar los de la parrilla de la esquina. Estoy decidido, mi dueño olvidó el candado, ¡quiero el verde de la libertad!

—Voy a hacer lo que me pides aunque te advierto, fuera de estas rejas tampoco encontrarás lo que buscas.

De a poco, procurando que no rechine, el Pequeño Nico deslizaba el pasador de la reja mientras seguía aconsejando al can.

»Los humanos no acostumbran dialogar. Oigo sus gritos a través de las ventanas compitiendo con el volumen del televisor. Entre alaridos golpean la mesa, como si discutieran cosas importantes. Buscando liberarse cayeron en la monotonía...

»La noche en que decidí alejarme un pájaro bajó a mi terraza. Andrajoso y con el pelo revuelto, como quien llega de un largo viaje, me habló: *Vas a necesitar esto* —me dijo al darme esta espada que desde entonces llevo conmigo—. *Lo esencial es evidente al estómago.*

EL ANIMAL SALVAJE

Cada noche es perseguido por fieras; él mismo es un animal salvaje en un sueño que se reitera.

«Desde siempre hemos fingido evadirnos de nuestro salvajismo. ¡Cuántos siglos hemos intentado mantener la bestia enjaulada! Sin embargo sobrevive como el vagabundo de la mente, alimentándose de

lo que el hombre moderno considera basura: los pensamientos, sentimientos o impulsos más nobles.

»Si dejas regado el camino con tus viejos cueros de reptil persiguiendo tu ideal.

Si convives con tus instintos y peleas por sublimarlos en meta así la sociedad entera con su moral de cotillón te juegue en contra.

Si aceptas tus defectos y tus virtudes como prueba de que eres único y especial como todos y cada uno de los que te rodean sin dejarte engañar por quienes predicán “igualdad” para ajustarte a *su* sistema.

Si sabes dar un paso al costado en el momento justo y no te tomas nada ni demasiado en serio ni demasiado en broma.

Si eres ya consciente de que el poder no ha sido y nunca será tuyo sino del cosmos y tú sólo te adiestras en ser un buen navegante.

No tendrás el mundo hijo mío, ¡ni Dios lo tiene! Pero al menos te tendrás a ti mismo.»

LA DISCRIMINACIÓN

«Ismo, ismo, ismo..., ¡las camisetas de fútbol lavan y degradan la sana e imprescindible discriminación! —se queja el Golondrino deseducando a sus no-discípulos—. Dicho esto a manera de profilaxis ocupémos de aquí en más en un análisis interesante.

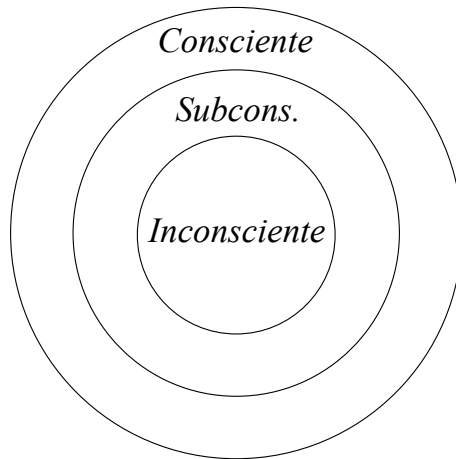
»Así como hay imágenes de la niñez con definición fotográfica, las más profundas, las que tienen mayor responsabilidad en los gustos, ambiciones y deseos flotan en la memoria en grupos disueltos, reconocibles pero indescifrables, subconscientes. ¡Cimientos nada sólidos!

»La gente prefiere llamar “discriminación” al prejuicio de quien no se tomó el trabajo de analizar ni las imágenes de su niñez ni las del resto de su vida. Yo prefiero, por el contrario, llamar discriminación justamente al producto de dicho análisis. Quien no se toma el trabajo de discriminar permite a esas impresiones solidificarse en mero filtro,

filtro que ni siquiera sirve contra un anuncio publicitario.

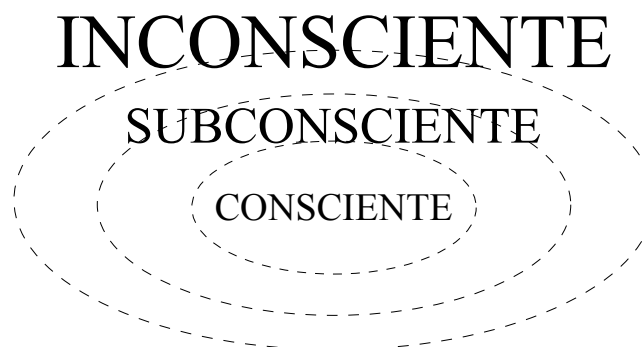
Roquesor navega el inconsciente

»Os lo explicaré de otra forma. En mis años mozos una profesora me mostró este esquema (Fig. 3) —dibuja en la pared con un ladrillo.



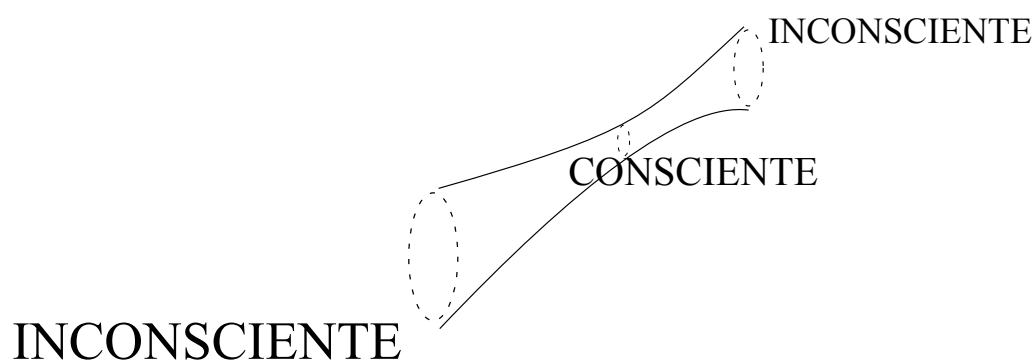
3. Consciente, subconsciente e inconsciente.

»Me quedó grabado por lo que me sugirió: el individuo como un sistema cerrado donde el inconsciente es patrimonio personal y el consciente un burdo filtro. Para satisfacer mi inquietud lo modifiqué (Fig. 4) de la siguiente manera:



4. Otro punto de vista

»Por último acabé representándolo en el espacio (Fig. 5) terminando de expresar lo que entiendo por individuo. No podemos proteger lo que con creces nos excede. Como dije antes, ni siquiera los cimientos de nuestra personalidad son sólidos ya que gran parte del niño y el hombre que somos se encuentra navegando en el cosmos. Somos eternamente incompletos y mutables».



5. Eternamente incompletos y mutables.

V

¡Qué cacho de planeta!, asombrado el Mutante al ver Temático. Aparece de nuevo la imagen del Teniente Coronel Jusepe Bonachone en el receptor del Narval.

—Licenciado Amandino...

—Che, Pep, ¿existen los forros en tu planeta?

—¿Qué es un forro?

—[Vos sos un forro] ¡Condomes Pep, condomes! ¿Cómo llenaron semejante planeta, hermano?

—¿Me dijo que su dialecto es “mezcaliano”?

—Yes.

—En cuanto tenga tiempo voy a recurrir al banco de datos de la biblioteca para interiorizarme. Es una torpeza de mi parte no estar al tanto ni de la existencia del mismo. Le pido disculpas.

—Bueno, bueno, te decía que no deja de sorprenderme su problema. ¿Son bígamos?

—Antes de que nuestro problema actual se descubriese se practicaba la poligamia. Por razones prácticas más que ideológicas.

—¡Muchas minas!, digo, ¿muchas mujeres?

—Triplican en número a los hombres.

—¡A la mierda!

—Eso sí lo entendí —Jusepe contento.

Ya a siete mil metros de altitud y descendiendo la imagen más que asombrar asustaba. Era tan lejano el horizonte sin un metro cuadrado libre de rascacielos que Temático parecía cerrarse y masticarlo a uno

con nave y todo. Una vez en tierra Roquesor es conducido al edificio del aeropuerto. Entran por la gran puerta de vidrio al salón público.

—Che Pep, esos de azul, ¿qué son? —pregunta el Golondrino al ver en un costado del salón a un grupo con túnicas y pancartas.

—Los Místicos, descendientes de Visionarios y Nulos, dos razas de nuestro planeta.

—Ah, ¡muy bien! Por los carteles parecían de un centro de estudiantes. ¿Qué dice, “No a la violencia”?

—Están manifestando contra la guerra. Con la tensión provocada por el problema del planeta puede desatarse en cualquier momento.

—¡QUÉ MIRÁS TARADO! —Roquesor se le iba encima a uno de los manifestantes.

Una vez lo persuadieron de seguir camino subieron a un vehículo eléctrico que los trasladó al otro extremo del aeropuerto.

—Mi despacho —entran a un recinto amplio—. Licenciado puede tomar asiento si quiere, si me disculpa unos minutos voy a buscar al resto de mis colegas así discutimos las condiciones.

—Cómo no. El gusto es mío.

A los diez minutos, cuando Roquesor se dormía en la silla entraron diez guardias que después de molerlo a golpes lo llevaron a una prisión de máxima seguridad.

Roquesor prisionero

«¡Se hacía el gil! —protestaba el Mutante metido en un calabozo—. Claro, para qué pagar, me roba la nave y listo. ¡Con la cara de estúpido que tenía el Pep ese! Y ahora, ¿cómo salgo de ésta? ¡El quilombo en que me fui a meter!»

Por la ventanilla de la puerta ve pasar un guardia. Por el ruido de los pasos parecía haberse detenido en el calabozo contiguo al suyo. Se oían quejidos.

—¡No me pegues mamá, no me pegues!

—Sí-ga-me —ordenó el guardia.

—¡Es un robot! —en voz alta, el Golondrino.

Y vio pasar al androide de más de dos metros de altura. De uno de sus brazos mecánicos colgaba el prisionero agarrado por el tobillo.

—Es un guardia robot —confirma una voz desde otro de los calabozos—. A ése lo trasladan a la enfermería.

—Conque robot... ¿Y se los puede engañar?

—Es lo que acaba de hacer el Artista haciéndose pasar por loco.

—¡Se hizo el artista!, ja, ja.

—...

—Es una broma. Cuando se es de fuera hay que ir con cuidado con los chistes, ¿vio? En cada lugar la gente tiene sus códigos... Hablando en serio, sepa que a mi me gusta mucho el arte. El amigo, ¿era pintor, músico, escritor?

—¿A qué se refiere?

—Me dijo que era artista.

—Su raza.

—Ah ¿...? Y ¿usted?

—Científico.

—Y, digamé, ¿por oficio qué entienden?

Roquesor engaña al guardia

Tres horas más tarde Roquesor sigue agobiando al Científico con sus preguntas.

—¿A qué viene tanta preocupación por la salud mental de un prisionero?

—Por lo poco que he oído entiendo que aquí estamos de paso. Esperamos a que alguno de los que tienen trabajando en las minas muera de tuberculosis.

—¡Con razón! Y, ¿cuándo vuelve el guardia?

—A la noche trae la cena.

Aunque no tenía relación con la duración de los días en este planeta la angustia le hacía mirar el reloj. Eso le dio una idea.

—Decime científico, ¿hay que pasar por algún espacio abierto para llegar a la enfermería?

—La puerta al final del pasillo por donde entra el robot da al patio de la cárcel. Pero no te hagas ilusiones, son muy fuertes y aunque pudieras zafarte el patio está rodeado por muros de diez metros.

—Entiendo. Pero cuento con un recurso que puede funcionar.

Tal como el científico había dicho al caer la noche apareció el guardia con la comida. Se detuvo frente a su ventanilla y le habló.

—Su-ce-na.

—Voy a contarte un chiste.

—Chis-te.

—Un elefante llega a la playa con su mujer, la elefanta.

—E-le-fan-te-pla-ya.

—Sí, escuchá, escuchá. El elefante pregunta a la elefanta *¿Trajiste LA-TOALLA?* y la elefanta le responde *No, traje LA-RADIO.*

Mientras el Mutante se revolcaba de la risa en el piso de cemento el robot introdujo la comida por la ventanilla y se retiró sin contestar.

—¿Qué te pareció, Científico? ¿Me tomará por pirado?

—Es posible. Que no te haya respondido es buena señal.

Esa noche, tendido en el catre del calabozo pensaba preocupado.

«¿Se habrán llevado mi nave ya? Bueno, intentaré dormir. Antes queda ver si mañana logro engañar al coso.»

¡VIDA!

«*Espero no resbalarme con esto*», salía el Mutante del Narval con tendedores atados en las botas. Hielo en todas direcciones, el paisaje de Plutón no daba para elegir. Se aventuró a trepar uno de los cerros a su diestra: «*Desde la cima voy a poder chispear más lejos*».

Grata sorpresa, al otro lado del cerro pescaba un esquimal en un hoyo hecho en el hielo. Roquesor se acercó despacio para no asustarlo pero el esquimal, un hombre mayor, ni siquiera se mostró sorprendido.

—Buenas.

—Diga.

—¿Picó algo?

—... —se encoge de hombros.

—¿Está solo?

—Alguna que otra vez sabe venir gente. Pero tengo a mis perros, ¿ve? —acaricia a uno arrimado, pendiente de la pesca—, éste es el Julián, aquel otro blanquito es el Sebastián, ése es el Jerónimo y la dogo grandota aquella es la Zelandia.

—Estoy sorprendido, no imaginaba encontrar vida en el resto del sistema solar, mucho menos en un planeta como éste.

—¡Y yo qué soy! —mirándolo de frente con sus ojos chiquitos.

—Sí, sí. No se ofenda. ¿Le gusta vivir solo?

—Vea, aquí no hay con quien compararse. Estoy yo, nadie más. Ni gordo ni flaco, ni rico ni pobre. Al truco no gano ni pierdo, juego solitarios. Y mi finada mujer no era linda ni fea. Era la única.

—Comprendo. Y lamento lo de su mujer.

—Y comer, como lo que tengo que comer, lo que sobra se lo doy a los perros. El otro día se me murió la Coca, una pomerania con un pelo blanco precioso. Uno que iba de paso con una nave redonda bajó a comprar comida y agua. Mientras tomábamos mate no le quitaba el ojo, le hablaba, la acariciaba. Como el tipo era educado y amable me apiadé, Si anda necesitado hombre dele nomás, le dije, que aquí lo que hay se comparte. Al mes se me murió el bichito. Vaya a saber qué enfermedad le contagió el sucio ese, decía venir de la micro no sé qué. Y usted, ¿de dónde viene?

—De La Tierra.

—Uy, están todos locos ahí, viven a los empujones, apurados. Se la pasan comprando esto, aquello, todas cosas que no necesitan.

—¿Estuvo allá?

—No, pero... una chica que me viene a visitar dice que va seguido por ahí y me cuenta.

—¡Extraterrestres visitando La Tierra! ¿Cómo la conoció?

—Yo elijo ahí en Internet que salen las fotos, llamo por teléfono y me la mandan. Son estas chicas que uno les paga, ¿entiende?

—¿Cómo?, ¿tiene Internet, teléfono...? Y, ¿los cables?

—¡Cómo va a haber cables! Lo capta la antena aquella en el iglú, ¿ve? Y la estrella que se ve allá es el satélite. Los de la Judas los ponen por todos lados.

—¿La “Judas”?, ¿qué es eso?

—La Judas Shopping, una nave supermercado grande como una isla. Es de los Pústulas, una tribu desterrada del planeta Acné.

—Ajá.

—Se dedicaron primero a vagabundear, comerciando aquí y allá, con naves viejas, llevando mercadería de un lado a otro. Ahora están forrados, manejan todo interné.

—Interesante. Y si uno quiere visitar este shopping, ¿cómo sabe la ubicación de la nave?

—En el sitio web la ponen, *judasshop.com.lac*. Ayer me conecté, no deben andar muy lejos, a un par de años luz quizá. En el iglú tiene la computadora si quiere. Se quiere enfermar viendo anuncios, ¿eh?, ¡se nota que viene de la Tierra usted!

La fuga del Golondrino

—Su-de-sa-yu-no.

—Y, ¿entendiste cabezón? No, traje LA-RADIO.

La reacción del artefacto fue la misma. Cuando el Mutante terminaba su desayuno se volvió a oír la puerta al final del pasillo.

—¡Vuelve! —confirmó el Científico en voz baja.

Roquesor había programado la alarma de su reloj para que sonara pasados tres minutos que era el tiempo que había calculado tardaba el robot en llegar al calabozo desde el golpe de la puerta del pasillo. Tal como habían previsto el mastodonte paró frente a su calabozo, abrió la puerta con decisión y se abalanzó estirando su enorme brazo metálico. Roquesor flanqueó fingiendo defenderse con el brazo izquierdo para que el robot lo agarre por la muñeca del reloj. Por suerte el plan funcionó, al final del largo pasillo se abrió la puerta guillotina y pasaron al patio abierto. Frente a la mirada risueña de cientos de reclusos el androide enorme llevaba al Septcéfalo de la mano como si fuera su mamá. En la mitad del patio comenzó a sonar la alarma del reloj por entre los dedos del robot, no terminó éste de abrir la mano para ver qué pasaba que ya el Mutante volaba por encima de su cabeza.

Voló a toda velocidad hacia el nordeste, dirección en que el Científico le había indicado se hallaba el aeropuerto.

PIRATAS

—Antes de irse va a comer algo, ¿no?

—¡Sabe convencer a la gente!

—En media hora almorzamos pues —Se levantó el viejo llevando su pesca para el iglú seguido por Roquesor.

Por dentro el iglú parecía un departamento. Alfombrado, con calefacción, muebles de diseño, televisión de veinticinco pulgadas, baño con hidromasaje... Según él todo canje. Para abastecerse de agua la Judas compraba al esquimal toneladas de hielo que en Plutón sobraba. Hasta un teléfono móvil le habían dejado para poder localizarlo incluso fuera del iglú. Lleno de curiosidad, Roquesor se sentó a chequear en la computadora la ubicación actual del supermercado flotante. En la portada de la página web aparecía girando la imagen en tres dimensiones de la Judas.

—Una pregunta, Maestro.

—Diga —responde el viejo mientras cocinaba.

—Acá indican que la meganave orbita el planeta Olimpo del *Tercer Órgano*... ¿Qué es el “Tercer Órgano”?

—Muchacho, usted vive dentro de un frasco, ¿estamos en el Tercer Órgano! Y tiene suerte, Olimpo está cerca. Es un planeta que permaneció siglos abandonado y ahora estas larvas con el pretexto de restaurarlo lo están transformando en otro centro comercial. Una pena, tenía una arquitectura soberbia.

Sentados a la mesa comieron como desahogados. Una vez se hincharon de comida reanudaron la conversación.

—Tenía la esperanza de librarme de ese tipo de gente.

—Idealista como mi hijo.

—¿Tiene un hijo?

—Tenía.

—¿Murió?

—Pse, podría decirse que sí. ¿Usted?

—Que yo sepa, sigo con vida.

—Me refiero a si tiene hijos.

—Ah. No, no.

—¿Mujer?

—No.

—No tiene compromisos.

—Los tengo conmigo mismo.

—Sí, sí; idealista como el boludo de mi hijo. ¿Qué cree que va a encontrar en el espacio además de cucarachas?

—Si lo supiera no me habría molestado en buscar.
—Yo encuentro muchas cosas pescando ahí en el agujero. Cuando era joven no tenía lo que ahora.
—¿No tenía pesca?
—No tenía conciencia.
—También hay que buscar fuera.
—Fuera, dentro... ¿Qué diferencia hay?
—¡Pregúntele al pez!
—Y ¿qué va a descubrir el pobre diablo dentro de mi estómago —el viejo mofándose—, su ‘imperativo categórico’?
—Ah, viejo mañoso, ¡bien que te gustaría ser joven y fugarte conmigo a la aventura!
—¿Es necesario ser joven?
—¿Conoce más allá de Plutón?
—¿Qué tal anda tu cacharro?

La destrucción de temático

¡Allá! El megaeropuerto era el único pulmón en la maraña de edificios. Roquesor voló a toda velocidad. Afortunadamente la enorme nave anduriana aún descansaba sobre la pista. Acercándose rasante sobre las terrazas de los rascacielos bajó lento e imperceptible a un callejón en los alrededores donde casi no circulaba gente. Al primero de su talla lo agarró del cuello hasta que dejó de respirar. El sobretodo y el estrafalario sombrero le sentaban de maravilla.

Llegó a pie hasta el Narval que estaba siendo cargado con cantidad de gente y mercadería. Vestido a la moda temática se mezcló entre los habitantes que subían para ser trasladados. Una vez arriba, a los empujones entre la multitud alterada que se hacinaba al fondo por orden de los guardias, el aguerrido Mutante se abrió paso en dirección contraria. Agazapándose entre el tumulto evitó que los guardias lo vieran colarse en la sala de mando. No había nadie, ¡genial! En la guantera disimulada del apoya brazos derecho de la butaca de mando encontró lo que buscaba: su bastón.

La gente se espantó al verlo salir brillando en estado NON. La escena de siempre salvo que en esta ocasión no sería él quien saliera corriendo. Con el láser cercenó las cabezas de los guardias robot para evitar que reportaran lo que sucedía y además persuadir a los pocos

que le hacían frente. La muchedumbre ahora se agolpaba hacia la puerta y se tiraba en avalancha por la escalera. ¡Claro, reaccionó, por pensar en escapar casi se me escapa el negocio! Volvió a la sala de mando y presionando algunos botones cerró la compuerta de la nave a la vez que despegaba a toda velocidad. *¡Señores pasajeros! —con voz sensual por los altavoces a los 250 temáticos y medio que quedaban en la nave (a uno le cortó las piernas al cerrar la puerta)—, les habla el capitán del vuelo 1093 con destino a Microlandia, con extensos lagos contaminados, montañas de basura y un sol naranja que derrite la epidermis de un chancho en segundos. Esperamos disfruten de nuestro servicio.*

Al instante se percató de las naves de combate que habían salido del planeta a perseguirlo. ¡A estrenar el chiche! La fantástica nave anduriana se detuvo y viró media vuelta apuntando proa al planeta. De la parte superior salió un cañón láser del largo del fuselaje cuyo haz de luz derritió las quince naves en camino para acabar arrancando el cuarto superior izquierdo del planeta. Un segundo disparo redujo el inmenso Temático a escombros. Los prisioneros, en su mayoría mujeres y niños, prioridad en el traslado, gritaban y lloraban desconsoladamente al presenciar la destrucción de su planeta y sus seres queridos. *No sé de qué se quejan. Me contrataron para solucionar el problema de la superpoblación y cumplí, —al tiempo que anotaba en la agenda: Comprar revestimiento acústico para el salón y la bodega—. Voy a tener que mandarles gas si no se callan, ¿eh? ¿Oyeron?*

Y viró rumbo al agujero negro que conducía al Microórgano. ¡Qué lindo —se reía como un nene—, hacía rato que me aguantaba las ganas de usar el ñonca! ¡Ja, ahí tenés, Pep, pelotudo!

Más allá de Plutón

Cargaron el Narval con lo necesario. Comida, pieles, hielo, muñeca inflable, caña de pescar, lanza, teléfono móvil...

—¿Tenés pela papas en la nave?

—Sí.

—Entonces, listo. Creo no olvidarme de nada.

—¿Y los perros?

—Ya se la rebuscarán.

Y zarparon en sentido contrario al Sol. ¡Huiiiiiiiija!, sonaba el zapucai en el espacio. Mientras chupaban un mate tras otro el entusiasmo no les dejaba despegarse de la ventana.

A la deriva

A sólo una hora de partir de Plutón...

—¿Qué es eso que flota allá? —el viejo avista algo.

—Parece una nave a la deriva.

—¡Le hicieron cola de barrilete!

Al acercarse pudieron ver el cadáver de apariencia humana que colgaba desde la compuerta de la nave atado por la cintura con un cabo.

»Traje esto. Lo había visto en la sección de deportes del Shopping y me lo compré de puro calentón. ¡Sabía que algún día lo iba a usar!

—¡Tanques de oxígeno!

—Tengo las patas de rana también...

Roquesor se cuelga el equipo y explica al esquimal.

—Voy a intentar cruzar. Una vez haya atado el cabo a la otra nave te hago la seña para que me sigas. Eso sí, antes de salir poné esta palanca donde dice NON así evitamos que las naves se golpeen.

Sosteniendo un cabo atado al Narval dio un salto y la inercia lo llevó flotando hasta la otra nave. Alcanzó lo que parecía la compuerta principal; al intentar atar el cabo a la manija se abrió la puerta sin dificultad. Hizo señas al esquimal y se colaron sin permiso.

Comparado al habitáculo del Narval, maravilló al Mutante lo espacioso y cómodo que era el salón de esta nave. Al entrar a la sala de mando, igual de cómoda y amplia, encontraron dos hombres yaciendo inconscientes, uno en el suelo y otro desparramado en la butaca.

—Está muerto —aseguró el viejo tocando el cuello al que estaba en el suelo. Roquesor se acerca al del sillón de mando.

—Éste respira todavía.

—¿A ver? —el esquimal bruto lo zamarreó para que reaccione. El hombre despertó tosiendo y luego vomitó.

Dios

—¡Epa, amigo! Tenga, limpie sé —Roquesor le da su pañuelo.

—Ahjjj. Debió de ser algo que comimos —el joven entre convulsiones.

—Sus dos compañeros están muertos.

—¿Los dos?

—El otro está colgando del cabo.

—Ah, el Asqueroso. No, me refiero a alguien más.

—¿Quién?

—Acuña, mi compañero de viaje. En una ocasión sobrevivió en un asteroide comiendo insectos y raíces casi ocho meses. Si estoy vivo seguro él también. Habría que fijarse en la bodega... Ah, disculpe, mi nombre es Gabriel —extendiendo su mano—, Gabriel Boccazzi.

—Roquesor y..., uy, qué descuido, ¡aún no sé su nombre!

—Dios.

—¿Cómo?

—Dios —repite el esquimal.

—¿Eh? JA, JA, JA.

—Sí, Dios, Buda, Alá, Jehová, Conocimiento Científico, Marketing. ¿Usted por que apodo me conoce?

—¡Déjese de joder! Si me disculpan, voy a bajar a la bodega a ver si encuentro a tal Acuña.

—Impulsivo, pero me cae bien —comenta el viejo al náufrago que miraba sin entender.

Entre los bultos de la bodega Roquesor encontró el cuerpo de un hombre de contextura pequeña tendido boca abajo sobre el suelo metálico. Pero no sólo no parecía intoxicado, como el resto de la tripulación, sino que roncaba plácidamente. De nuevo en la sala de mando el Esquimal había preparado un té de limón hervido a Gabriel.

—Esto te saca a flote —dogmático el viejo.

—¿Y? —Gabriel lo mira a Roquesor que regresaba de la bodega.

—Duerme como un pajarito.

—Le dije.

La Ponchenrieder-Tedesco

Ya recuperándose el joven delgado de tez blanca y modales de noble relataba a Roquesor y a Dios lo ocurrido:

—Muerta —protestaba Boccazzi intentando encender los motores de la nave—. Cuando dejamos la Ponchenrieder-Tedesco todo estaba bien, unas horas de vuelo y no recuerdo más. Habremos flotado inconscientes largo tiempo a la deriva.

—¿La Ponchenrieder-Tedesco?

—Una nave del gobierno. Están contratados como Servicio de Seguridad y Aduana por el Cuarto Órgano. Fueron ellos, nos sabotearon para robarnos.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunta Roquesor.

—Porque los conozco. Muchos han tenido problemas con ellos.

—¿Y por qué no les robaron la nave directamente cuando los pararon? —observa Dios.

—Si los pescan pirateando dentro de su jurisdicción pierden el puesto. Por ley tienen derecho a registrar hasta el último rincón de tu nave. Te sabotean en la salida, dejan pasar un lapso de tiempo y te vienen a buscar aquí al Tercero, donde no hay ningún tipo de control.

—Significa que vendrán por “lo suyo” —deduce Roquesor.

Por la puerta que da a la bodega entra, restregándose los ojos, el hombrecito de aspecto sólido, cabello negro ensortijado, perfil griego y sonrisa cordial enmarcada por la barba sin afeitar.

—¿Qué pasó, che? ¿Y éste, duerme?

—Está muerto —responde Boccazzi—. Te presento la visita. Él es Roquesor...

—Conque usted es Acuña, “el indestructible” —el Mutante, extendiendo su mano.

—Juan José. ¡Qué tal!

—Y él es Dios.

—Un gusto.

—El gusto es mío —el Viejo con mano rústica y segura.

VI. Las Siete Muertes del Señor Roquesor

No se movía ni una hoja. Como en los minutos sofocantes que preludian a una gran tormenta la tensión se elevaba al máximo. Hasta el éter parecía detenido. Hablaba solo:

«Puedo cerrar mis ojos. Pero lo que percibo a través de mi antena invade impunemente mi corazón, por más que lo he intentado y lo intento no sé aún manejar ni defenderme de esa mezcla de energía e información que brota del inconsciente de las personas, hermoso y maldito don que me da vida y al mismo tiempo me consume.»

Así fue una de sus tantas muertes; ¿la primera?, ¿la última tal vez? Si se le pregunta al respecto se molesta, le duele recordar. Pero él sigue aquí o por lo menos eso creemos los que esporádicamente gozamos de la oportunidad de verlo y hablar con él. Alguna vez nos confesó, porque murió en soledad, que permaneció muerto grandes lapsos de tiempo, que pudieron haber sido instantes, en los que su estado parecía afectar todo lo que le rodeaba. O, ¿era su antena absorbiendo la muerte circundante?

ROQUESOR Y LAS GORGONAS

La mayor y más arbitraria de las gorgonas convirtió a Roquesor en piedra en pleno vuelo aunque no con forma humana como lo habría logrado el talento de sus hermanas. Convertido en bala de cañón antiguo se precipitó golpeando el suelo a metros del bicharraco enorme.

La indomable curiosidad del Golondrino le había llevado hasta estos parajes. La Tierra aún era plana y sus seres casi imaginarios dado que apenas intuían su existir. Pero poco pudo ver, su condición de ser vivo duró lo que sus habitantes tardaron en notar su presencia. Ahora yacía como una más de las tantas rocas del endemoniado desierto.

Acercándose con pesado galope el monstruo pateó a Roquesor como pelota de fútbol. «¿Ves? —alardeaba el monstruo, sacudiendo su cabello de serpientes—, ¡ésta es la “realidad”!; no sólo no puedes volar, tampoco eres capaz de moverte por voluntad propia. Yo soy un ser sobrenatural, para ti la vida es un préstamo.»

ROQUESOR MUERE APALEADO POR UNA TRIBU MENONITA ATEMORIZADA

Con ampollas en las manos y los brazos al borde del calambre por el peso de sus alas Roquesor decidió bajar a un rancherío oculto entre bosques y plantaciones de maíz. A poco de la puesta del sol los habitantes del pueblito pararon de inmediato sus actividades al verlo bajar del cielo. Los pies grandes y descalzos del Mutante arañaron la tierra un segundo antes de que sus alas se plegaran.

—Buenas Tardes —sonrió a los quince o veinte barbudos de mirada callada y desconfiada.

—¿Qué anda buscando? —se animó uno.

—Mi nombre es Roquesor. Necesito un favor.

—¡Váyase, váyase! —grita el más anciano—. Usted no puede traer más que desgracia.

—Entiendo que se cuiden de homosexuales, roqueros y feministas pero yo no sigo ni profeso ninguna religión. Y no vengo a quedarme, sólo necesito algo de agua y comida para poder seguir mi viaje.

—No sé qué entiende este personaje por religión, ni nos interesa saberlo —solemne, el anciano hablaba a la tribu en voz alta—, aquí respetamos la conciencia de los antepasados...

Y así terminó de convencer al resto que con mezcla de temor y asco empezó a dispersarse hacia sus casas. Al Mutante la barriga le crujía más que motor de tractor y no había otro pueblo en kilómetros. De un salto cayó quebrándole la clavícula a uno, de un mamporro durmió a otro y a un tercero le clavó sus garras en el cráneo alzándolo como

águila a un cordero. Desde el aire gritaba: «¡Si no me dan comida lo aso a éste! Me da igual carne de caballo, perro, vaca que la humana.»

La mujer de la víctima no tardó en traer un paquete envuelto en sábanas y un tarro de aluminio con agua de pozo. Roquesor, que con la violencia se entusiasma, dejó caer al infeliz desde un par de metros, agarró los bultos y se fue volando.

Extenuado y hambriento no llegó lejos; descendió en el bosque a menos de un kilómetro de la aldea. Desabrochó despacio las correas y alivió sus enrojecidos hombros del peso de las alas de hierro. Hizo un fuego, comió y se echó a dormir. Eran las diez de la noche cuando roncaba tranquilo lejos de imaginar lo que iba a suceder. El *american way of life* no había hecho con el estoicismo de esta gente lo que el carisma de Roquesor. A falta de armas de fuego se munieron de palos, guadañas, machetes y cuchillos de cocina y siguiendo la dirección del humo salieron a cazar al Mutante. Después de minutos de caminata llegaron donde el Maestro y sin dilación se abalanzaron los veinte a molerlo a golpes mientras dormía indefenso. Cuando paró la paliza Roquesor enredado en sus harapos dijo en un último aliento a los enajenados menonitas: «*Et non vos sorprenda el que oy desta mesma terra aya yo nascido, e las mis ideas non sean otras que las vuessas, ca en de do çiertamente yo vengo el espaçio non s'extiende nin corre el tiempo*». Una vez el bosque guardó estas palabras, Roquesor murió.

LA COMUNIDAD CIENTÍFICA ACUSA A ROQUESOR DE “HECHICERO”

¡Puro teatro!, decía. Si sus allegados apenas intuíamos el dramatismo del símbolo imaginaos el riesgo que le significaba aliviar sus hombros frente a la gente. No obstante aquel sobredimensionado esqueleto abulonado había representado su último papel.

Después de largas noches de desvelo logró acabar su nuevo invento. No era revelación tecnológica pero solucionaba el problema del peso, se resumía a un proyector con dos lentes opuestos que llevaría como mochila. Podía cambiar la proyección de acuerdo a las circunstancias; un pueblito primitivo no se asustaría de un ave, también emitiendo ruido de motor o turbina gracias a un pequeño amplificador, un aeroplano no llamaría la atención en la ciudad. Eran alas holográficas.

¡No más conflictos innecesarios!, se dijo, pero bastó un descuido; durante una manifestación en la Plaza del Centro alguien logró filmarlo mientras sabotaba una nube. Roquesor, que odia las manifestaciones, con maniobras rápidas ionizaba la nube con un catalizador para convertirla en *cumulus limbus* encolerizado. El camarógrafo que acompañaba al periodista de una conocida cadena televisiva no dudó en abandonar el reportaje de la manifestación y apuntar su cámara al cielo; fue tal el *rating* de “el extraño que volaba sin ayuda de artefacto conocido” en el noticiero del mediodía que el equipo de producción del canal comenzó a investigar su paradero y a presionarlo por los medios a que concurra a un debate público.

Luego de mucho insistir lograron convencerlo. Al entrar al estudio principal del canal se encontró con una multitud entre los que había científicos de distintas partes del mundo. Sobre una tarima armada a tal efecto lo hicieron sentar junto a un hombre corpulento de anteojos gruesos que oficiaba de orador.

—Profesor.

—No soy profesor.

—Como prometimos, y puede comprobar en el monitor, su rostro está siendo camuflado digitalmente. Así que, Don Como Se Llame, nos complace enormemente que haya aceptado venir. Estamos ansiosos por conocer el novedoso instrumento que utiliza para volar.

Pensó en seguirles la corriente pero no pudo con su genio y habló con sinceridad provocando abucheo y murmullo general.

—No existe tal instrumento.

El orador pidió silencio seguro de su remate.

—Sometimos la filmación a pruebas de autenticidad...

—Éste es el aparato que llevaba —deja su invento sobre la mesa—. No es más que un proyector, pueden revisarlo si quieren. Como ven no llevo nada más encima, ¿es necesario que me desnude?

—No, por favor.

Se quitó el micrófono prendido a la solapa, se puso de pie y ante la vista de todos y de las cámaras se elevó a siete metros del suelo. Desde la altura alzó su voz: «*Vuelo gracias al poder de mi imaginación*».

El entrevistador buscó la complicidad del público.

—Si esto no requiere tecnología y guiándonos por su argumento, ¿cómo los presentes podemos ser víctimas de un supuesto producto de su imaginación?

—Porque no es sólo mío —Roquesor desde arriba—. El deseo de volar vive con otras ilusiones de la niñez en lo profundo de la memoria de todos.

Los convocados se sintieron estafados: ¿Nos trajeron para ver efectos especiales?, gritó desde la primera fila el científico estadounidense; el francés había estado conversado todo el tiempo con la turgente italiana; el español se había quedado dormido; el alemán se había marchado a poco de empezar la conferencia; disimuladamente, el japonés sacaba fotos; ¡Es puro cuento!, decía el argentino; ¡Es brujería!, se animó a concluir el de México al que hicieron eco el resto de latinoamericanos apiñados al fondo. El estallido logró silenciar la audiencia al menos unos instantes, un fanático camuflado entre el público había hecho caer a Roquesor de un balazo en el estómago.

Por suerte la salida era lo suficientemente amplia como para que el pánico no cobrara más víctimas. A los pocos segundos sólo quedaban los organizadores del evento y los del sonido e iluminación acabando de recoger.

—¿Qué querían lograr con este circo! —el Golondrino tendido en el suelo con el estómago bañado en sangre.

—Usted con sus argumentos fantasiosos es el menos indicado para hablar de “circo” —el orador con otro tono.

—¿Y la fantasía latente en toda hipótesis? —retruca el agonizante Golondrino—. ¡Ustedes viven de tergiversaciones populacheras de lo que alguna vez fueron ideas de auténticos científicos!

—¿De qué habla? Usted tiene demasiado vivas las experiencias de su niñez. ¿No se da cuenta de que todo es publicidad?

Cuando llegaron la policía y la ambulancia ya era demasiado tarde.

MUERTE QUINTA: La gran descarga

En varias ocasiones había sido tentado por el Gran Odio. Ya a temprana edad había asumido su faena, inútil intentar torcer el rumbo, los desenlaces convergen o, ¿existe acaso otra muerte?

Pero ‘fin’ conlleva ‘principio’ y el Biónico arde por comenzar. Reclutó demonios, miles, les dio instrucción en cómo manipular energía, en cómo volar a los que nunca lo habían hecho. Por último concentró el Odio del fantástico ejército con el simple argumento: *Colegas. Sólo cumpliéndolo desviaremos nuestro destino.*

Así llegó el día. Pendía como lágrima de la gigante nube roja; su mano izquierda quería abarcar la obscuridad que le cubría mientras extendida, su diestra, señalaba el centro terrestre. Con Mil Voces Retumbantes habló a la humanidad:

«Hemos sido el depósito de tus excrementos desde el principio de los tiempos. Aquí los hijos de tus almas temerosas hemos decidido reunirnos para concederte de una vez y para siempre tu deseo último, tu destino, poniendo fin así a nuestro no deseado sino. Ya no seremos palangana, seremos inmenso inodoro, dándote muerte y vida al mismo tiempo...»

Absorbiendo la energía demoníaca por su brazo elevado por el otro descargó descomunal rayo que podría haber partido a Júpiter como un melón. Se abrió una grieta que dejó ver el núcleo arcilloso del Globo que siguió rajándose y separándose en cientos de fragmentos. Aun se oían los alaridos enajenados del suicida:

»¡AHÍ TIENES TODA TU MIERDA!»

La apocalíptica explosión acabó con el único indicio de vida de ese sistema solar.

EL BIÓNICO MUERE POSESOS

«¡Déjame tú —exclamaba la mitad no posesa—, espíritu viscoso, muy del pasado! Suéltame o ¡quédate con mi vida!»

En su delirio sus sobacos se poblaban, su lengua rozaba sus incisivos en asqueroso fonema, su sangre se volvía espesa. El Espíritu ya había horadado lo íntimo de su médula espinal (única porción que conoce del sistema nervioso) y se preparaba para la batalla final.

Pero el Biónico no había sido presa fácil. Con un solo gesto erradicó al antagonico ser de su nobleza gallarda: la posición del pensador. Al ser expulsado, el Jubérico Crudo arrastró con él su ánima.

ANDROIDES EXTRAVIADOS DE LA MODERNIDAD

Pocos viven un *eterno retorno helicoidal*; al contrario de lo que se cree la mayoría, como los animales, vive un *eterno retorno circular*. Del conflicto social entre ambas castas nacen las neurosis.

Mientras que en su búsqueda de la eternidad para el faraón egipcio la piedra de ayer tenía relación con la de hoy y la de mañana no había diferencia entre una y otra en la existencia del esclavo, éste las apilaba día a día como si se tratase de una función vital. Trabajaba, comía y cagaba igual que el hombre circular actual sólo que no miraba televisión antes de dormir. Reprogramar hábitos y deseos en el hombre circular no era sencillo, muchos de los cambios a los que erróneamente se apoda *evolución de la humanidad* eran muchísimo más lentos. Hoy, gracias a la televisión, de la noche a la mañana el hombre circular se encuentra comiendo hamburguesa en vez de churrasco, contando sus penas a un psicólogo en lugar de a un amigo, bailando solo, hablando solo, respirando un cóctel de gases tóxicos... y ni se entera si por accidente le toca una mujer en lugar de una muñeca inflable.

Al no ser consciente de que sus necesidades naturales han sido suplantadas el hombre circular sufre faltas que o bien no sabe como cubrir o bien insiste en querer saciar por el agujero equivocado. Las necesidades están ahí, molestando en el inconsciente, pero en el devenir de su atrofiado instinto las ha ido perdiendo de vista. Le es difícil o incluso imposible distinguir alimento de golosina, luego justifica su enfermedad diciendo “Sobre gustos no hay nada escrito”.

No sólo a este nivel se confunde suplantación con sublimación. La búsqueda de poder económico tampoco es sublimación. Ni todo el dinero del mundo salva al reputado capitalista de respirar aire viciado, comer basura o buscar calor en una prostituta. Luego se engaña refugiando sus familias en barrios privados, visitando lugares selectos, consumiendo productos selectos... A la larga acaba consumiendo lo mismo que vende.

En el hombre helicoidal, en cambio, la sublimación de deseo es propia iniciativa y fruto del pensamiento. Por eso a pesar de no estar libre de caer en neurosis puede diferenciar con más facilidad la necesidad natural de la sublimada. No conforme con lo ya escrito, aporta sobre “el gusto” de su puño y letra.

Neuróticos famosos

Poco antes de morir Tycho Brahe confió a Kepler el trabajo de toda su vida de observación astronómica (no contaba con telescopios) preguntándose si todos sus años de labor habían sido en vano. En contraposición a paraísos, eternidades y reencarnaciones, Julio Verne fornicó la existencia con dos enormes penes: un cohete espacial y un submarino. Leonardo murió sin ver al hombre volar. Bach peleaba con los pastores porque creía que no le pagaban lo que sus cantatas realmente valían. Van Gogh no vivió para ver la aceptación de su obra.

El cordero es capaz de sostenerse sobre sus patas al instante de nacer. Ya cuenta con los medios para llegar a la teta de su madre y, lo que es más importante, lo que instintivamente busca *existe*. Así también pretendemos los hombres encontrar sentido y coherencia en nuestra rebuscada naturaleza, desde la génesis de nuestro más abstracto anhelo hasta los medios innatos o adquiridos para lograr el fin concreto. ¿Por qué nos atrae tal persona aun sin conocerla? ¿El destino nos la puso en frente o nosotros salimos a su encuentro? ¿Somos personajes de una historia que supera nuestra comprensión? ¿Son las inquietudes metafísicas manotazos de ahogado o emprendimientos sanos y justificables de nuestro intelecto? Por esas cuestiones del azar:

Estés donde estés, seas quien seas...

Ariadna, aún hoy te amo. Dioniso.

El Séptimo Forúnculo

El Golondrino amaneció con un testículo hinchado y la mente atormentada. El último de los forúnculos había llegado para anunciar el retorno de la más falsa de las expectativas, su amor imposible: La Virgen de los Mil Rostros.

A pesar del dolor agudo y punzante en su huevo, no perdió la calma. Esperó que la fiebre cediese y fijó su mirada en el gélido fantasma con forma de mujer. No fue difícil para él, acostumbrado a ver más allá de las apariencias, descifrar detrás de esos mil rostros insinuantes el agazapado y acechante rostro de la misma Muerte.

VII

EL AGUJERO NEGRO

A la semana de vuelo, el Narval III se aproximaba al agujero negro 22B. No era un agujero común, conectaba con el Quinto Órgano, un grupo entero de galaxias microscópicas.

En tiempos remotos se había utilizado como penitenciaría espacial; más tarde todo desterrado también encontraba aquí alojamiento. Luego, con la aparición del SIDEC (Síndrome de Degeneración Celular), epidemia que se expandió a escala universal, muchos de los infectados como última medida también fueron a dar a esta dimensión acabando su fama de basurero espacial. Pero como a la vida parece no gustarle la limpieza se encuentran aquí densidades de población muy por encima de la media. En Malo, planeta frecuentado por Roquesor, las familias aun viviendo en la miseria tienen entre siete y diez hijos. Esto sin querer resultó rentable, la cura al SIDEC y a otras incontables faunas de virus se halló en la naturaleza, criarse en este medio fortalecía las defensas de los niños. A raíz de la epidemia millones de galaxias necesitaban renovar su ADN, de hecho comenzaron a tomar medidas extremas cuando las mutaciones llegaron a un punto alarmante, en la Tierra por ejemplo, donde una mujer concibió un monstruo al que no le interesaba tener equipo de fútbol preferido.

Con soluciones artificiales como la modificación del ADN o la inseminación artificial no se obtenían resultados estables. No era novedad que justamente la vida artificial era la principal causa de desequilibrio ecológico, lo que incluye los microorganismos. De hecho las civilizaciones que vivían en entornos altamente modificados eran las más propensas a sufrir epidemias. En el fondo todos conocían la verdadera solución, respetar dentro de lo posible la evolución natural de cada ecosistema. Obviamente esto dependía de cada planeta en particular y muy pocos se preocupaban por tomar cartas en ninguna actividad que no estuviera enfocada a la preocupación universal, que era ganar dinero. De ahí que generalmente las alternativas sólo contribuían a empeorar la situación. La moda era desconfiar de lo ‘artificial’, esto descalificaba el tráfico de células. Dado el nivel de pobreza extrema de la microdimensión a las empresas multiplanetarias les resultaba más rentable el tráfico de niños y mujeres en edad de concebir.

El planeta Malo, por su proximidad al agujero negro 22B por donde se accedía a la microdimensión, era uno de los principales puertos de descarga. Ahí, según hábitat favorable, compatibilidad reproductiva entre razas entre otros parámetros se clasificaba, catalogaba y separaba estos contingentes en grupos que luego eran trasladados al resto de microgalaxias. Estas mujeres y futuros hombres concebían un alto porcentaje de niños inmunes que se revendían al exterior según demanda.

Todos los planetas, afectados o no, eran blanco de estos traficantes de niños que practicaban un verdadero rastrillaje. Poco a poco el basurero espacial fue convirtiéndose en experimental campo de cultivo; continuamente entraban y salían naves del 22B cargadas de mujeres y niños. Roquesor, que visitaba la microdimensión a menudo contaba con un DCI (Detector de Cromosomas Impuros) provisto por García, su contacto en Malo, con el que controlaba la calidad de su mercadería. Respeto. Su primera visita fue accidental:

«No sé qué tipo de mutación sufres —le dijo García en aquella ocasión—. No me gustaría portarla.»

García apenas podía recordar cómo a los cuatro años de edad lo habían raptado de la Tierra con otros tantos niños. Cuando conoció al Golondrino no podía creer que compartiera su origen, su aspecto era humano pero ¡casi había hecho estallar el DCI!

A varias veces la velocidad de la luz el Narval III se clavó como flecha en el centro de masa infinita. «*Estamos traspasando el 22B* —avisa por los altavoces a los 250 temáticos a bordo—. *El hormigueo que sienten es normal*». Ahora el Narval, del tamaño de un átomo, avanzaba a gran velocidad rumbo al planeta más cercano: Malo.

Pep es invencible

Los habitantes de Malo ya conocían el curioso símbolo con forma de cromosoma dividido en la panza del fuselaje del Narval, ¡Es el malpáridus avechuchus!, improvisaban los niños de las zonas aledañas a la precaria pista de aterrizaje. Es que ya lo conocían, ¡Padrino!, ¡padrino!, gritaban a su alrededor cuando bajaba de la nave, lo querían como a Mengele. Roquesor les regalaba la *silica gel* que viene con la mercadería para la humedad diciéndoles que eran confites, ¡Gracias, padrino!, se peleaban por las bolsitas. Antes que basura mejor que coman esto, se decía y les acariciaba la cabecita.

—¡Roquesor! —se acerca García—. ¿Qué nos trae esta vez?

—Las minas me hicieron renegar pero valen la pena, ¡en tres meses dan a luz!, las vas a vender a muy buen precio. Traje un montón de pendejos también, ya los chequeé con el DCI, están sanos... ¿Oíste hablar de Temático?

—Justo acaban de traerme un cargamento de ahí.

—¿Eh?

—Acá tengo la boleta: “Tres mil mujeres, cinco mil niños...”

—¡¿Quién?!

—Uno con cara de boludo, acá está la firma en el recibo. Un tal Ju-sepe Bon...

—¡¡PEEEEEEEEEEEEEEP!! —Roquesor salió disparado a quince metros del suelo, mirando en todas direcciones.

—¡Ya se fue! —le grita García para calmarlo—. ¡Se fue hace media hora!

—¡QUÉ HIJO DE PUTA! ¡ME CAGÓ DE NUEVO!

EMBOSCADA

El capitán Faingersh

—¿Quién era?

El Mutante ayuda a Gabriel a arrojar al finado por la borda.

—Paramos en una oportunidad en Andur, un planeta muy agradable del Segundo Órgano. Ahí lo conocimos. Según él, estaba aburrido y se vino con nosotros.

—¿Y éste? —refiriéndose al otro cadáver, que pendía del cabo fuera de la nave.

—Ah, el Asqueroso. A éste lo colgamos nosotros ahí.

—¿Por?

—Y, porque era asqueroso. No paraba de hablar, era insoportable, desagradable, sucio. En su planeta también lo rechazaban, lo echaban de todos lados, con decirte que nos pagó para que lo lleváramos con nosotros. Cada vez que se ponía pesado lo colgábamos ahí afuera. Cuando salíamos del Cuarto con la bronca lo eché pero se me olvidó darle el tubo de oxígeno... ah, ahora me acuerdo, estaba hablando con mi novia por el celular cuando lo empujé. Y bué, mejor, era un asqueroso —explicaba mientras cortaba la soga—. ¿Aquella es tu nave?

—El Narval.

—Nunca había visto algo así, parece un holograma.

—Es un estado entre onda y partícula. Pero ¿cómo?, ¿no lo conocen?, ¿cómo alcanzan la velocidad de la luz?

—Con un combustible especial que se procesa a partir de un mineral magnético que se extrae cerca de los agujeros negros.

—Ajá, magnetismo. ¿Costoso?

—Ya no tanto. Aunque tu invento es interesante. Tendrías que probar suerte en el planeta que te mencioné, en Andur invierten mucha guita en tecnología, quizás ahí te subvencionen y lo puedas mejorar y comercializar. ¿Lo patentaste?

—No, pero ya veré de hacerlo. Siempre y cuando zafemos de ésta. A ver, disculpá un segundo —cruza al Narval y vuelve con la punta de un cable grueso—. Hay que soldar este extremo al fuselaje de tu nave para que haga puente. Así podré remolcarla convertida en luz.

—¡Faingersh se va a querer matar!

—¿Quién?

—El capitán de la Ponchenrieder, un tipo difícil. Juan, ¿está por ahí la autógena?

—«Te portás mal Ponchenriedertedesco —se acerca Acuña acarreando los tubos de acetileno y oxígeno—. ¡Va a venir tu mamá y te va a pegar!»

Una vez soldado el cable, probaron y todo funcionaba.

—Ahora podemos buscar la falla de tu nave con tranquilidad —comenta Roquesor a Gabriel—. Y si terminamos rápido podremos incluso prepararle la bienvenida al tal Faingersh.

El guerrero luminoso

—¡Hasta el combustible nos robaron! Y encontré esto flotando en el tanque de agua —entra Acuña con un bidón en la mano.

—La envenenaron —dice Gabriel, que intentaba reparar la computadora—, yo me había hecho un cortado nada más, por eso sigo vivo. Ustedes, ¿tienen agua en su nave?

—Hielo —responde Roquesor.

—Lo podemos derretir con el láser una vez vaciemos y limpiemos el tanque. Por ahora usen las de agua mineral que hay en la cocina.

—Quedan dos botellas de litro nada más —Dios desde la cocina—, para hervir los fideos voy a necesitar más.

—Ahora me cruzo al Narval y traigo el hielo. Otro punto importante, ¿tienen armas? —pregunta Roquesor a Gabriel.

—Y, lo único que nos queda son cuchillos de cocina, algún que otro palo de escoba, dos *stillson*..., te estoy cargando, vení que te muestro lo que tengo.

Gabriel baja las escaleras a la sala de máquinas seguido por el Golondrino y abre la puerta de un cuarto mediano.

»Éstos son láser de mano pero son modelos viejos. Y estas espaditas que ves acá aparte de servir como puñal apretando este botón del mango sueltan una descarga eléctrica.

—¿Y esas mallas?

—Las compramos en la Judas, son de un metal muy liviano. Casi ni las hemos usado.

—¿Me puedo llevar una a mi nave?, quiero probar algo.

A los quince minutos de hora terrestre Roquesor seguía en el Narval, Gabriel seguía intentando hacer funcionar la computadora y Acuña rallaba el queso mientras el Viejo acababa de cortar los fideos.

—¿Qué se quedó haciendo aquél que tarda tanto?, ¡necesito el agua para la olla!

—Estará toqueteándose —Acuña mojaba por enésima vez el pancito en la salsa que Dios había dejado en el fuego.

—Sacá la pata de ahí y andá a buscarlo, por favor. Y ya que está que traiga la damajuana de tinto. Está al lado de la heladera.

Con escafandra y oxígeno, Acuña cruzaba al ahora materializado Narval agarrándose de la trenza de cabo y cable que unía ambas naves. Veía salir destellos por la ventana y las rendijas del techo de chapa, ¡Está viendo una porno!, se entusiasmó y se apuró a cruzar. Flotando en gravedad cero la palanca de heladera vieja le llevó un par de intentos, al tercer tirón cedió.

—¡Mente podrida! —al ver al Golondrino enfundado en la malla metálica—. ¿A qué estás jugando?

—Cerrá la puerta que se escapa el aire. Fijate.

Con un par de cables prendidos con pinzas a la malla y a los bornes del artefacto, cada vez que accionaba el interruptor del convertidor de masa su cuerpo se convertía en luz independientemente de la nave.

»Después de comer voy a preparar cuatro trajes especiales —Roquesor sonriente—. ¡Tenemos la batalla ganada!

VARIA

La rara estrella fugaz avivó el eterno crepúsculo de Andur, el más cercano de dos hijos de un sol rojo en una de las miles de galaxias del Segundo Órgano. La gravedad de este pequeño planeta había atrapado al Narval II luego de la más comprometida de las batallas. ¿Habrían muerto sus compañeros?, ¿habrían podido escapar?, no volvió a saber de ellos. La nave dañada, caía con el Mutante inconsciente y gravemente herido en su interior. Fue hallada a la mañana siguiente por una patrulla, se había materializado al chocar contra el agua y la misma marea la había arrastrado hasta la costa.

Horas más tarde el extenuado y lastimado Golondrino dormía indefenso aunque muy bien atendido en una lujosa alcoba.

—¡Lleva engarzadas pezuñas de metal!

—Tiene marcas en las muñecas y en los hombros.

—¿Habrá sido esclavo?

Comentaban las mujeres del servicio mientras lo aseaban.

—Vamos a limpiar la pichulina... ¡Uy, este hombre anduvo mucho solo en el espacio!

El Mutante sacude la cabeza y emite un gruñido.

—¡Epa, macho!

—Está soñando.

En su pesadilla continuaba la batalla. Se habían lanzado al máximo desafío, asaltar los bancos de la Judas Shopping. En la ciudad que se erigía dentro de la meganave, después de huir y pelear durante horas apenas pudo escabullirse. Las patrullas robot eran capaces de seguir los movimientos de los guerreros transformados en luz que al chocar o detenerse ante el primer obstáculo volvían al estado NON y eran acribillados por los láser. Se había acabado la buena racha. Hasta ese día se había divertido como pirata pero, como todo tiene su tiempo, en los cinco años subsiguientes las ciencias y el matrimonio ocuparían su existencia feliz aunque torturada.

—Te digo que la vi, ¡cayó como un rayo! —explicaba la joven Varia a su padre, el rey Asdrubal, que caminaba ansioso de un extremo al otro del salón del palacio—. Una nave común estaría hecha mierda.

—Estoy ansioso por que despierte. Su traje es fascinante, lo vi en el laboratorio. Se pone transparente y ¡desaparece! Aparece y desaparece, aparece y desaparece, apa...

—¿Tomaste la medicación papá?

—Hija, hija, hija. Hinchas pelotas como tu madre. Me vas a poner nervioso y voy a empezar a repetir, a repetir lo que digo.

Aparece Iván Tolcachir, jefe del cuerpo de científicos y prometido de Varia.

—Su Majestad.

—¡Oh, muchacho, pasa, pasa! Deja de hacer reverencias que no, no me gustan.

—¿Interrumpo? Si mi presencia no es...
—Justamente esperábamos, esperábamos noticias del traje.
—Lo he examinado. Interesante.
—¿Interesante? ¡No he sentido tal entusiasmo desde el hallazgo de tu láser!
—Mmm, psé.
—¿Dónde está el hombre? —pregunta Varia—. Quiero verlo.
—Recuperándose, hija.
—Uno de sus cromosomas —Iván acota en el acto—, no es biológicamente posible algo así.
—¿Mutación extrema?
—Yes, My Lord. Un monstruo.
—¿Como el Toro de Poseidón del libro que me trajiste del Olimpo Shopping? —Varia aún más entusiasmada.
—Sus calcetines tienen agujeros. ¿Curiosidad, my dear?
—Pelotudo —responde la doncella a su prometido y se retira a los jardines del palacio.
—Tienes que ser menos directo, muchacho. Las jóvenes de hoy se aburren con facilidad. ¡Putas como su finada madre salió!
—Sé cómo manejar este tipo de situaciones, My Lord, pero agradezco su consejo igualmente. Con su permiso voy a continuar con mi trabajo en el laboratorio, usted sabe, analizando al monstruo.
—Por favor.

Fiesta en el palacio real

Esa misma noche concurrirían al palacio nobles y gente acomodada de éste y otros reinos. Era costumbre de este jovial rey organizar fiestas con cualquier pretexto; pretexto en realidad eran las fiestas, en ellas los nobles alardeaban de sus últimas adquisiciones así se tratara de joyas, mujeres, vinos o tecnología en armamento. Hoy Asdrubal sorprendería a todos con su “extraño caído del cielo”.

—¿Todo preparado? —el Rey a la servidumbre—. A ver, vos —dirigiéndose a uno de los criados—, ponete ropa vieja y andá a pedir propina al estacionamiento así recuperamos la guita de las gaseosas y damajuanas de tinto que usamos para el ponche. Y no te mandes la misma cagada de la vez pasada que vaciaste un tanque, si vas a manguerear nafta sacá un poco de cada uno, boludo. Andá.

—¡Ya llegan invitados, Majestad! —avisa el mayordomo.

—Ya sabés. Te parás en la puerta, vas agarrando los abrigos y carteras y los vas dejando sobre el sofá de aquella habitación. Bolsilleá si querés pero no te zarpes con cosas de mucho valor que después se arma la podrida. Vos —a uno de los mozos—, decile al del sonido que mande algún temita lento, algo de Klapton. Si te pide para chupar que espere a la medianoche. ¡A ver! —llama a una camarera—, ¿cómo va la cocina?, manden bastante papa con el pollo y además de los canapé traigan maní, chizito, palito que con la gaseosa les hace una pelota en el estómago y se les va el hambre. Bueno, abríme la puerta. ¿Qué carajo está haciendo mi hija que no viene?

Los primeros en entrar fueron los duques de Cindanyo.

»Traé la botella de whisky —indicaba el Rey en voz baja al joven mozo en un extremo del salón— y servile una medida y media al duque. La vieja no toma. No, m'hijo, no agarres la botella por el pico, para servir es más fácil agarrarla por el culo. Intentá parecer un profesional, nene, ¡que me hacés quedar como un miserable! Varia, ¡por fin!, ¿dónde te habías metido?

La princesa desbordaba de sus curvas acentuadas por su baja estatura; ajustado a su voluptuosidad el vestido tipo tubo con rayas horizontales negras y bancas acababa en una la falda bien corta que dejaba desnudas sus repletas aunque torneadas piernas coronadas por los diez centímetros de taco de corcho de sus sandalias. Teñido rubio ceniza, el pelo le caía lacio hasta los hombros y sus labios carnosos pintados de rojo se prendían fuego en su tez azul turquesa. De todos modos, como en toda mujer atractiva, el factor determinante era su actitud.

—Me estaba vistiendo.

—Llegaste justo. Ahí entraron ya éstos, ¡los das vuelta y no les cae una moneda! Vas a ver que ni bien terminan de saludar van directo a los canapé. Siempre llegan media hora antes para largar con ventaja.

—Asdrubal, ¡mi estimado! —saluda el duque de Cindanyo.

—¡Qué gusto verles! ¡Nunca me han fallado!

—Es que adoramos sus fiestas. Usted es de lo más carismático y alegre —adornó la esbelta mujer del duque (que en alguna de las fiestas llegó a conocer la cámara real).

—Se hace lo que se puede —modesto el Rey.

—Varia, ¡qué elegante!

—Igualmente, duquesa. La bufanda de piel le queda fantástica.

—No es bufanda, querida, es estola.

—Ah, ja, ja. Pasen, pasen —interrumpió el Rey antes de que acabara mal la charla— y vayan sirviéndose lo que gusten.

Entrada la noche el palacio estaba repleto. Grupos aquí, allá, conversaban, bebían, observaban las obras de arte del palacio que el Rey renovaba en cada evento, algunas hechas por artistas en el palacio que contaba con su propio taller de arte. En una larga mesa en el centro del salón y otras circulares a los lados se serviría la cena. A pedido del Rey, sonaban los grandes éxitos de Rafaela Karrá.

—Y, ¿se despertó? —pregunta el Rey a una de las mucamas que bajaba las escaleras.

—No, Su Majestad, duerme profundamente.

—¿Desde ayer a la mañana que duerme (la velocidad de rotación de Andur no diferiría mucho de la de La Tierra)! ¿Le dieron sedantes?

—Nada de medicamentos, tal como nos ordenó.

Impaciente el Rey, seguido por la mucama, subieron a la habitación donde roncaba el Sepcéfalo.

—¿Qué hicieron con las sábanas? ¡Lo ataron a la cama!

La mucama echó a llorar.

—No le dijimos nada para que no nos tome por locas —la mucama entre sollozos—. Es que intentábamos bajarlo y volvía a subir...

—Bueno, bueno, no llore. Calmesé que no le entiendo ni jota.

—¿Es que lo encontramos dos veces flotando en el aire, Majestad! Teníamos miedo de que se caiga y se lastime.

El Rey abrió los ojos.

—¿Levita? El muy estrafalario ¡levita! JA, JA. ¡Este sujeto es un caso! Suelte esas ataduras mujer, que vuele lo que quiera, ¡ya daría yo mi reino por poder hacerlo! Bajemos a divertirnos, ya despertará.

De nuevo en el salón, Asdrubal notó cómo los invitados empezaban a mirar para el lado de la cocina así que no hizo esperar la orden. Con su hija a su diestra presidía la larga mesa. Sirvieron aves de tamaño mediano acompañadas de un tubérculo traído por piratas. Próximos al Rey, los más allegados iniciaron la tertulia.

—Nos llegaron noticias de que cayó un meteorito en el mar.

—Yo lo vi —comenta otro—, ¡parecía un cometa!

—Les tenía reservada la sorpresa...

Todos levantaron la cabeza del plato para atender al monarca. La vanidad pujaba en su vientre más que los gases, intentando contener su entusiasmo Asdrubal reveló a los comensales:

»Cayó mar adentro y la corriente lo arrastró hasta nuestra costa. No es un meteorito, es una nave y de curiosa tecnología.

—¡En qué estado habrá quedado! —comenta el rey de un pago vecino poniendo cara de circunstancia.

—Intacta —corrige en el acto Asdrubal generando aún más expectativa.

—Pero, Majestad, si se incendió al entrar en la atmósfera y chocó contra el agua a tal velocidad...

—Ése es el punto, no se mueve por magnetismo. Su cola no era de fuego ni de gas, ¡era de luz!

—Y, ¿dónde la tienen ahora? —reclamaban varios queriendo levantarse para ir a verla.

—¡Calma, amigos! —el Rey sacudiendo los brazos—, disfrutemos hoy de la fiesta. La nave no se moverá de los hangares, ya tendrán oportunidad de verla.

—¿Y los tripulantes?

—A eso iba, su único tripulante, también a salvo excepto por algunas heridas que creemos anteriores al naufragio está aquí mismo, durmiendo en una de las alcobas del palacio. Por lo que venimos observando es un ser muy fuera de lo común.

—¿Saben ya de qué planeta es oriundo?

—Aun no. Por el color de su piel suponemos que se crió en un sistema con un sol más joven que el nuestro. Aquí tengo una tarjeta que encontramos en el bolsillo interno de una de sus chaquetas —Asdrubal se pone los lentes de ver de cerca—, dice: *Pizzería 'Los Ases' - Servicio a domicilio*, un número borroso y *Av. de La Plata, Santos Lugares*. También encontramos una etiqueta en su calzado que dice *Made in China*. ¿A alguien le suena algo de esto? ¿Los navegantes presentes?

—...

—Queda esperar entonces que despierte y que él mismo nos saque de la duda.

—Si venía herido y a la deriva, ¿no existe el riesgo de que sea un prófugo? —observó otro de los nobles reunidos.

—Estaba a punto de decir lo mismo —alarmada una de las mujeres—. Y, ¿si se trata de un criminal peligroso?

—En ese caso será necesario reducirlo y encarcelarlo —seguro, Iván Tolcachir.

—Y tú, Varia —con sorna, una de las viejas invitadas que conocía los hábitos de la princesa—, ¿lo has visto?

—Disculpe, madam —se adelanta Iván—, tal espeluznante ser no puede despertar otro interés que no sea el puramente científico.

Luego de la cena, bailaron y bebieron lo que duró la noche. A la madrugada la mitad de los invitados se había marchado y a los que quedaban la borrachera les había hecho olvidar el tema, incluso a Asdrubal que ya dormía la mona en un sillón con el vaso haciendo equilibrio en el apoya brazos. Por fin, el tácito protagonista abrió los ojos; boca abajo, notó primero la aureola amarilla que su baba ácida había dejado sobre el motivo bordado en la funda de la almohada, más allá enfocó la puerta antigua, alta y tallada, construida con la misma madera oscura que la sólida repisa que seguía a la izquierda, al igual que el resto de los muebles de estilo distribuidos sobria y espaciosamente a lo largo de las interminables paredes blancas de la enorme alcoba; al voltear, las vigas del techo y la araña de luces terminaron de confundir al soñoliento Septcéfalo, ¡Estoy en la mansión de la montaña, en Córdoba, con mi tío Raúl!, se dijo y miró sus manos esperando ver las de un niño. El óxido húmedo de sus garras descargó en un instante toda su vida nuevamente sobre sus espaldas: Ahhjj, ¡para qué, tío Raúl —aulló el dolor de su alma—, para qué me enseñaste a volar!

El encuentro

Giró su cabeza. Al otro lado de la habitación, detrás de la puerta balcón la terraza se extendía hasta los balaustres de piedra que segmentaban el límite entre el mar y el cielo. «Una cárcel no es», sonrió. Se incorporó y caminó hacia la puerta de vidrio.

La fiesta había concluido, quedaban el Rey y algunos invitados durmiendo en los sillones. Tolcachir dormía a los pies del Rey, sobre la alfombra. La única todavía en pie, Varia, se encaramaba por enésima vez a la escalera.

Abrió la puerta esperando ver algo más que la silueta desdibujada del monstruo en la oscuridad. Encontró las sábanas revueltas, ¡Se escapó!, pensó al ver la puerta del balcón abierta. Había amanecido pero el envejecido sol de Andur apenas enrojecía el cielo. La joven corrió hasta la barandilla, ¡No pudo haber saltado desde esta altura! Revisó el mar, la rompiente al final del elevado terreno del palacio donde la espuma se escurría entre las rocas por el vaivén de las olas...

«Y bueno, se va a cagar. Hoy no hay topeteo.»

Pegaba media vuelta cuando el aleteo de los pájaros le hizo mirar hacia arriba. Las pupilas de la princesa ocultaron el rojo de sus iris al verlo ahí, desnudo en el cielo, como en pie sobre el aire, con su brazo extendido como queriendo acariciar el astro moribundo. Oh, ¡si tuviera el whiscola y el cassette de Alejandro Saenz a mano!, se lamentó.

El Mutante, que ya había notado la presencia de la joven, descendió lentamente al balcón. La muchacha retrocedió aunque sólo unos pasos. Las pezuñas de los enormes pies rascaron suavemente el piso de piedra.

—Ja, ja, ja —Varia tomó confianza—. Me imaginaba algo más peludo, más salvaje...

Él la miró a los ojos sin responder. Y ella percibió tras el vidrio rajado de esas retinas un abismo aún más profundo que el que se abría como marco.

»Me gustás. Sí, me gustás. ¿No tenés frío así desnudo? ¿Sabés hablar?

—¿Qué puede importar eso ahora?

PREPARÁNDOSE PARA EL COMBATE

—¡Los fideos están excelentes! —Acuña con la boca llena y la barba a dos centímetros del plato.

—Habrás que tener paciencia —decía Gabriel—, Faingersh puede caer ya como en una semana. Quizá nos cansamos de esperar y no aparece.

—¿Por qué no nos escapamos y listo? —Dios impaciente.

—Venganza —Roquesor cortante—. ¿No es acaso el placer de los dioses? Cuando termine el invento van a entender mi confianza. Ojo, que no como vidrio, que el heroísmo ya pasó de moda.

Mientras el resto dormía la siesta Roquesor se abocó a la construcción de convertidores de masa compactos que endosados a la espalda de las mallas metálicas completarían los trajes especiales. Después de largas horas de trabajo despertó a sus compañeros con la sorpresa.

»Pónganse esto.

Medio dormidos fueron calzándose las mallas mientras oían la explicación del Mutante:

»Le voy a dar a cada uno un control como éste (controles remoto de reproductor de vídeo que guardaba entre los cachivaches electrónicos traídos de La Tierra) del cual ahora funcionan únicamente los botones del medio. Con el *Play* sucede esto...

El cuerpo del Mutante queda suspendido en NON.

»Y, con los *REW*, *FF*, *CH+* y *CH-* en cruz alrededor del *Play*, pueden desplazarse en forma de luz en cualquier dirección.

Ante el asombro de sus compañeros el Mutante desaparece y reaparece en distintos lugares de la nave instantáneamente.

—¡No nos va a ganar nadie! —Bocazzi fascinado.

—Con la única precaución de no ser alcanzados por los láser —sigue el Golondrino—. Para atacar deberán materializarse, en ese momento serán vulnerables. Otro punto a tener en cuenta es que “no pueden traspasar nada sólido”, el convertidor vuelve automáticamente a NON al chocar contra cualquier superficie.

Después de horas rebotando contra todos lados le tomaron la mano.

—Dejen la mano hábil para la espada, acostúmbrense a usar el control con la otra. No vamos a usar los láser y si les interesa la nave es probable que ellos tampoco los usen.

—Podemos adelantarnos —sugiere Gabriel—. Totalmente a oscuras y con la puerta abierta nos crearán muertos. Al instante en que abran su nave para abordar, los abordamos nosotros a ellos.

—¿Y el Narval? —observa sabiamente Dios—. Cuando lo vean se van a avispar.

—Habrá que sacrificarlo —sentenció Roquesor—. Tenemos una sociedad obligada; la verdad es que no habríamos llegado muy lejos con mi nave y ahora ellos tampoco con ésta. Hagamos de las dos una.

—Y tendrá las dos formas de propulsión —señala Boccazzi—. ¿Qué te parece, Juan?

—Ustedes están todos locos.

—¿Y a vos? —pregunta el Golondrino a Dios.

—Mis caminos son inescrutables.

Trasladaron lo necesario, adaptaron el convertidor de masa a la nave grande y cortaron el cabo. Roquesor contempló hasta el último instante cómo su pequeño Narval se perdía silenciosamente en el espacio.

LOS RIDÍCULOS

—Déjame entender. Si lo que veo es lo que soy, entonces en este alejado lugar del espacio no hay mismidad. En La Tierra podía hacerlo pero nunca había llegado tan lejos. ¡Soy el universo!

—Lógico.

—Pero niña, tu placidez es envidiable. Desde temprana edad has danzado libremente en aguas que otros de por vida evitan y ¡sin precio alguno! A mí en cambio, me han repudiado, me han hecho cargar pesados símbolos que casi logran encorvar mi espíritu.

—¿Quiénes?

—Los temerosos.

—Ah, te refieres a aquellos —Yardía señalando pequeños seres que flotaban sin intención.

—¿Y eso?

—Los temerosos, los ridículos.

—¿Son bolitas de carne! ¿No tienen extremidades?

—Ni ojos, ni oídos. Sólo tienen pelos.

—¿Y cómo existen?

—Subsisten; comen y cagan. No conocen la existencia.

—Sí, libres de todo juicio, entiendo. Pero los imaginaba multicolores, más felices; al menos es lo que ostentaban en mi planeta.

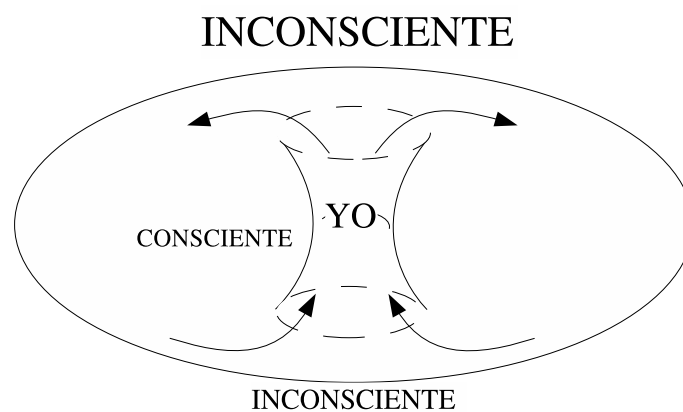
—Me doy cuenta de que la gente de tu planeta es muy poco coherente. ¿Cómo pretendes colores sin juicio?

—Nosotros existimos sin límite. No obstante los límites son juicio.
—Nuestro juicio. ¡Inventamos colores!
—¿Quiere decir que ellos carecen de juicio propio, iniciativa propia? Nos deben la existencia de los colores.
—Esperan que les demos forma. Y sentido.
—Carecen de conciencia.
—¿Qué es eso?
—Lo que tú tienes, Yardía. Aunque has crecido sin límites eres más consciente que ellos, saturados de los mismos.
—Podríamos matarlos.
—Aunque parezca incoherente serán ellos quienes acaben con nosotros y con todo. Pero, ¿de dónde sacas esas ideas?
—De tu mente. Estoy aprendiendo tu lenguaje, tus códigos. Dime, ¿qué más ves?, ¿qué más ves en mí?
—¡En mis siglos de vida había visto a alguien tomarse el trabajo que tú te tomas con tu prójimo sin delirios altruistas!
—¿Qué son “delirios altruistas”?
—Mentiras humanas. No entienden que dar y recibir son caras de la misma moneda. Por eso se conservan iguales, herméticos.
—Insensibles.
—Y se mantienen así, no evolucionan. Pero tú me superarás fácilmente, ¡aprendes a un ritmo inusual!
—¿Me quieres?
—¡Claro que te quiero!
—Entonces, seré lo que hagas de mí. No tengo miedo.

VIII. La antimateria y las vaginas

«Puedo sentir tus labios rozando mi frente como cuando estaba enfermo pero no puedo tocarte, ¿dónde estás? Sí, ya sé, siempre un paso más allá de lo que imagino, siempre sorprendiéndome.

»Yo Roquesor el Mutante reconozco a la Luna Negra como mi madre puesto que fue la única que podría haberme devorado. Y al Sol como mi verdadero y amado padre, gracias a Él aprendí a ver el universo como ahora enseño. Así es como nuestra energía fluye a través de nuestro centro aventurándose al cosmos y reciclándose (Fig. 6):



6. *El Universo según Roquesor*

IDENTIDAD

Forma y estructura

Un repostero decora primorosamente su pastel consciente de su destino. También es consciente de esto el verdadero artista; la música, por ejemplo, no vive en las notas o figuras o en la melodía por sí sola, tampoco en la forma si se la considera una simple sumatoria o acumulación de los elementos antes mencionados. Todo esto conforma su vestido, su mentira. Debemos ser capaces de desnudarla para poder sentir su esencia, así comprender la interacción de dichos elementos, sus jerarquías. Luego ser capaces de reconstruir para comprender.

El contacto físico con nuestra madre es el primer intercambio, no necesitamos de formas, ni siquiera de símbolos. Luego, a partir de la necesidad de contacto con otro cuerpo fabricamos uno artificial para que medie en la comunicación. Éste es el papel que la forma y su estructura intrínseca cumplen en toda manifestación humana.

La fuerza en la expresión

Es sabido que a diferencia de un niño, un adulto que no sabe nadar se hunde y ahoga donde no hace pié. ¿Son las dificultades técnicas las que le impiden mantenerse a flote? ¿El movimiento de pies y brazos? ¿Se hunde por carecer de algún conocimiento consciente? El verdadero motivo de su fracaso en el agua es su temor a un medio que no recuerda ni reconoce como propio. Siente temor de sí mismo, de la profundidad de su mente hasta el punto de negarla. Recordemos que la vida comenzó en el agua. De un medio líquido nacen los pensamientos; su forma primaria es el deseo. Y a la hora de manifestarse sólo se puede ser fuerte cuando se logra conectar con los propios deseos.

EL NACIMIENTO DE ROQUESOR

Estaban las vocales, las consonantes y el lente de aumento entre éstas y el Sol. Los rayos se filtraron por entre las ramas del gran árbol del Yo y dieron forma a eso que no era y ahora es. Así comenzó a llenarse el mundo de significados. Estos crecieron y se aparearon con cierto orden en tiempos intermedios e indiscriminadamente en finales y

principios. Y hablando del Tiempo, éste empezó a correr a partir del nacimiento de las primeras ideas y conceptos, moviéndose siempre de la forma aleatoria que hasta hoy observamos. También de manera desigual se abrieron las dimensiones en amplias extensiones, con variados climas, así fue el Espacio y todo lo que en él habita.

Esto era necesario al ente que vendría a pisotear la tierra, respirar el aire y confundir las cosas dando vida al paisaje. Por curiosidad primero y calentura después nació a la Vida; la vida como aceptación de un sinnúmero de pequeñas grandes limitaciones por el gusto de comer algo, culear a alguien y dormir un poco con salud y suerte a favor.

Sin embargo Roquesor no está vivo ni vive gracias a éstas condiciones. Tampoco es un romántico aunque le guste volar. Roquesor es simplemente lo que está por nacer, que siempre es bienvenido para el corazón valiente, su brazo extendido señala una nueva vagina brillando en el horizonte:

«¡Que los vientres se preñen de nuevos y más extraños seres!, ¡que las mentes se hinchen y exhale bestias multicolores, así como el pasto vuelve a crecer y las nubes se llenan con nuevas gotas de lluvia!, ¡que la vida continúe!, ¡que nuestro padre el Sol siga brindándonos calor! Voy a renacer de mis propias cenizas tantas veces como haga falta para mostrar que las cosas bellas hacen ver la vida como tal y viceversa. Yo, el más simple de los seres, enseño la simpleza de vivir, naciendo de cardo y siendo rosa que, sin perder las púas, venera el Sol y la Vida con su belleza intrínseca.»

EL PLANETA TEMÁTICO

Existió en la galaxia Andrógina un planeta casi tan pequeño como el del Principito pero que curiosamente crecía a medida que su población aumentaba hinchándose igual que un globo.

Acontecía todo precipitadamente, aparecieron los primeros intentos de vida inteligente en pocos meses, una semana después que el agua, el cielo y todo eso. Se podría decir que al comienzo de la era Prepolítica habitaban Temático dos razas bien diferenciadas, los Mecánicos y los Problemáticos. Los primeros eran sedentarios y como el planeta crecía de acuerdo a la cantidad de habitantes no tardaron en parcelarlo de norte a sur con plantaciones. También fueron los primeros

en domesticar, inventaron las mascotas, el ganado y los adolescentes rebeldes. Los Problemáticos en cambio eran cazadores nómadas, de naturaleza inquieta se aburrían con facilidad. Habían dominado el planeta por largas semanas pero ahora se sentían asfixiados. Los Mecánicos, sedentarios, tenían pareja estable y practicaban el sexo en la misma posición cada día, a la misma hora, en la forma más eficiente y utilitaria. Se multiplicaron con un agravante: no puede nacer un hijo alegre concebido de esta manera. Pero siempre la naturaleza compensa, los hombres problemáticos obviamente tenían ese no sé qué que inducía más de una vez a las mujeres mecánicas a perder los engranajes. De ahí que en las familias y tribus, inventos también mecánicos, nacieran dos tipos de niño que más tarde vendrían a enriquecer la fauna temática, los Presentes y los Anacrónicos.

En pocos años llegaron a un avance similar al nuestro y no tardaron en superarlo. El planeta tenía ahora cinco veces el tamaño de la Tierra, poblado en un 90% por Presentes y sus descendientes, los Nulos. Demás está aclarar que los pocos Anacrónicos que quedaban eran repudiados. Conservaban en su sangre el espíritu agresivo y aventurero de sus padres, querían fagocitar la vida y no sólo existir como la mayoría, ¡qué aburrido era el mundo para ellos! Aburrimiento que excitaba su creatividad por eso eran excelentes amantes y a pesar de no tener pareja estable la fertilidad y virilidad de su entusiasmo les permitió prolongar aunque en reducido número su especie. De Presentes y Anacrónicos nacieron los Científicos, de Anacrónicos y Nulos, los Artistas, por último, de Artistas y Científicos nacieron los Visionarios.

Temático ya tenía historia, ciencia, arte, tecnología en espacio de un siglo. Pero el nuevo siglo vendría acompañado de una revelación acuciante; basándose en observaciones y conjeturas un joven visionario predijo que al cabo de pocos meses el globo dejaría de hincharse.

LA ÚLTIMA ENSEÑANZA

«Aunque no nos deja ver nuestra verdadera forma, la conciencia se quita la máscara frente a nosotros como responsable de nuestra angustia y señala la brecha, el canal por donde se nace y se muere, como única posible liberación. De ahí nuestra necesidad de dar a luz, de concebir y sobre todo concebirnos a nosotros mismos.

Deberes y derechos

»El deber de uno es uno mismo.

Deber y derecho son la misma cosa. Es deber y derecho de cada uno hacer valer lo que se es frente a uno mismo.

Es mi deber y mi derecho ser lo que soy a pesar y por el bien de todo y de todos. Primero Yo.

Créanme, no hay pedantería o egocentrismo en mis palabras, es el niño reencarnado en mí quien les habla con egoísmo sano y crudo, diferente como la gordura de la hinchazón al egoísmo del necio que no ve a su alrededor. Yo, la última mutación del que ve y siente aunque no entienda, elijo consciente, por el derecho que la vida y la muerte me dan, ser Niño, el más alto grado de belleza y madurez.

Yo Roquesor, he envejecido, he traspasado la última vagina transformándome en el niño que actualmente soy y nadie más que yo tiene el derecho último de juzgarme.»

LAS ALAS DEL GOLONDRINO

Falta poco para el Gran Viaje. Pequeños duendes se cruzan en su camino, hasta el Payaso de Mármol le atacó en desesperado intento pero la hoja de su guadaña estalló contra las vigas de hierro dulce de las alas del Golondrino. Ya está cerca de llegar al peñasco más alto donde las desplegará y flotará con la suavidad del águila, su cabello se encenderá al rozar las flamas de su Verdadero Padre. Aunque, esta vez, el fuego no será entregado a los hombres.

IX

Al mediodía del día siguiente Roquesor había paseado por las inmediaciones del palacio. Ahora revolvía la heladera preguntando a las cocineras qué había para comer. El Rey despertó sobresaltado, sacudió a Tolcachir que dormía a sus pies tendido en la alfombra y subió las escaleras lo más rápido que pudo para al fin conocer a su nuevo huésped; al abrir la puerta de la alcoba en su lugar encontró a su hija profundamente dormida y totalmente en bolas.

—¡Putas como la madre!, ¿no te dije? —le decía en voz baja a Iván, que asomaba la cabeza por el costado.

—¡Me juró llegar virgen al matrimonio! —Tolcacho, sonándose los mocos.

—¡Vos rompés tu propia marca, eh! La cuestión ahora es dónde se metió este personaje...

—¿Voy a buscar el rifle de dardos tranquilizantes?

—Andá a comprar una cerveza al kiosco.

—Pero, Su Majestad. En este planeta no hay kioscos.

—Justamente.

Cuando el rey Asdrubal baja de nuevo al salón lo encuentra a Roquesor tendido en el sillón con su sánduche de milanesa en una mano y su gaseosa refrescante en la otra mirando la televisión de 200 pulgadas. Con las patas corría el cenicero de la mesita para que no le moleste. El Rey se acerca caminando por detrás.

—¿Cómodo?

—Yes... ¡Ah, hola!, no lo había visto. Disculpe la molestia, el gusto es mío.

—No, quedese, quedese —al ver que Roquesor amagaba a levantarse. Se sienta en el sillón de al lado mirando también hacia el televisor—. Anoche conoció a mi hija...

—¿Su hija?, ¿la del pelo rubio es su...? —haciéndose el sorprendido. Respeto.

—Tranquilo, todo bien. Mientras que no quede embarazada...

—¿Eh? ¡No!

—Los juguetes que traía encima, disculpe la indiscreción, ¿dónde los obtuvo?

—Son inventos míos.

—Me imaginé. Y lo de volar, ¿cómo lo hace?

—Una sensación acá, en el bajo vientre.

—Conversar con usted no es fácil.

—Por eso vale la pena.

—Qué pensará entonces de mi hija.

—Disculpe —interrumpe Tolcachir—. Acabo de examinar el funcionamiento de la nave, acelera las partículas y...

—¿Qué nave? —Roquesor se levanta a agarrarlo del cuello—. ¡¿Estuviste toqueteando el Narval, cabeza de rabanito?!

—No, no —el rey interponiéndose—, tranquilo, todo quedará en su lugar. Igualmente su nave había quedado casi destruida. Él es el jefe del cuerpo de científicos. Nos tomamos el atrevimiento de estudiar su tecnología.

—Me hubieran preguntado. No mezquino conocimiento a nadie (respeto profundo). Además, estoy en deuda, me salvaron.

—No, hombre, hicimos lo que cualquiera hubiera hecho. Nosotros también tenemos inventos interesantes. ¿Le interesa conocer nuestros laboratorios? —invita el rey.

—Por supuesto.

—Por aquí, por favor.

Los laboratorios del palacio se hallaban en el subsuelo. El número de operarios era razonable y se trabajaba sin presión. Los cacharros a medio armar y experimentos que descansaban en las mesas despertaron la curiosidad y entusiasmo hacía tiempo dormidos de Roquesor.

—¿Y esto?

—Son implantes biónicos.

—Ajá... Uy, lauchitas.

—Les suministramos un suero para la inteligencia. Ya resuelven problemas complejos.

—Y ¿por qué no le hacen un enema bien cargadito del suero a éste?
—señalando a Iván.

—No lo subestime. Mire —agarra una especie de mango de bastón de uno de los bancos de trabajo—, éste es uno de sus inventos. Son armas láser especiales del profesor Iván. Observe —apuntó a una bi-gornia y la cortó al medio de un sablazo.

—Me parece haberla visto en algún lado la espadita esa.

—Y en este sector —sigue el rey—, trabajamos con proyectores de hologramas cada vez más sofisticados. Esta cámara por ejemplo toma su imagen de cuerpo entero, la procesa digitalmente y dispara hologramas animados al unísono con sus movimientos. ¿Maravilloso no?

—Sí, GRUACK —Roquesor repite la gaseosa—, en este momento no recuerdo de cuál pero estoy casi seguro de que eso también lo robó de alguna serie de televisión.

—Yo le propongo, ya que tardará en reconstruir su nave, que se quede un tiempo y trabaje con nosotros. Tendrá el laboratorio a su disposición.

—¿Todo a mi disposición?

—Y a mi hija —Asdrubal bromeando.

Tolcachir tose, atragantado de la bronca.

—Ja, usted me cae bien —masajeándose la panza—. Éste no.

Aprovechando que Roquesor se había distraído jugando con los hologramas el Rey comenta a Iván al oído: «Dale un par de mazazos, quemála con el soplete, rompéle los vidrios... que si se entera de que llegó sana nos mata.»

AL ABORDAJE

Se turnaron para montar guardia y esperar hacer contacto visual ya que mucho del instrumental no funcionaba. Incluso mientras dormían llevaban el traje puesto y el oxígeno a mano.

—Si Faingersh espera que nos aburramos para despistarnos conmigo lo está logrando —rezonga Boccazzi.

—Como dije, nos tendríamos que pirar y listo —Dios preparándose un licuado de banana.

—Esa nave debe tener armas, comida, agua, combustible —insiste Roquesor— y quizá algo de guita que podamos aprovechar. ¿Qué dinero utilizan?

—Los Damios —Acuña le muestra un billete que tenía en el bolsillo— pero sólo en el Cuarto Órgano. Saliendo hay que cambiar en el banco.

—¿Qué —Roquesor riéndose—, hay cajeros automáticos flotando por ahí?

—¿Dónde no? En la Judas, por ejemplo. Por eso no creo que estas ratas lleven efectivo. Como todos, de lo que son, se cuidan.

—¿Puede ser aquella que viene allá? —pregunta, el viejo asomado en la ventana con los prismáticos.

—A ver, préstame —se fija Gabriel—... Por el tamaño, es posible. ¡Apaguen las luces!

A sólo 500m se acercaba una nave de dimensiones considerables, deslizándose imperceptible en el fondo negro. Plana y delgada, sólo se hacía evidente en la oscuridad del espacio por la luz tenue de la enorme cúpula semiesférica que sobresalía del fuselaje. Enfocando los prismáticos, llegaron a ver en la sala de mando al entallado y obtuso capitán Faingersh.

—¿Cuántos hay en la nave? —pregunta Roquesor a Boccazzi.

—Mínimo quince.

A pesar de la seguridad que le daba su traje al Mutante le temblaban las piernas. No sabía si esta primera curiosa experiencia le redituaria en algo aunque seguro sería emocionante.

Mientras tanto, con voz grave desde la PT el Lúgubre Capitán intentaba hacer contacto radial:

—«*Capitán Faingersh al habla, oficial a cargo de la patrulla de aduana Ponchenrieder-Tedesco, al servicio del gobierno. Por favor, reporten de inmediato su situación. Cambio.*». Aparentemente, no reciben —comenta al oficial en servicio a su diestra.

—¿Abordamos, mi Capitán?

—Huelo algo.

—La puerta principal de la nave está abierta.

—Por eso mismo, Teniente. Demasiado fácil.

—Son sólo cuatro, ¿qué pueden hacer?

—No se apresure. Observe el tamaño de mi nariz. Puedo dar fe de que sigue creciendo después de muerto.

—¿...?

—Alcánceme los prismáticos infrarrojos.

—Están en el depósito, mi Capitán.

—¡Incompetentes! ¡Odio tener que hacer esto!

Del dedo índice de su mano izquierda previo quitar un capuchón sale una ficha que deliberadamente introduce en un orificio en su sien. Lo gira como una llave y sus ojos se vuelven infrarrojos.

—Ahhjj, pero usted es un...

—¡No pronuncie esa palabra! —clavándole sus ojos cibernéticos—. Mmm, ya los veo... ¿Qué trampa estúpida traman? Haga salir a dos de nuestros hombres con orden de atacar y cierre inmediatamente la puerta a sus espaldas.

—Pero si sobrevivieron los superarán en núm...

—Cállese, y haga lo que le digo.

—Sí, mi Capitán.

Desde la otra nave, agazapados en la oscuridad los cuatro valientes aguardaban impacientes con la vista fija en la compuerta de la PT.

—¡Están abriendo! —avisa Dios.

—Esperen a que salgan —dice Roquesor—, cuantos menos queden dentro mejor. Y, Acuña, ¿encontraste los botones?

—Éste aprieto, ¿no?

—Ey, ¡ya salen! —alerta Boccazzi.

Después de sacar casi a empujones a los dos señuelos la gran compuerta se volvía a cerrar.

—Pero, ¡están cerrando! ¡Vamos! ¡YA!

Los haces de luz apenas lograron colar por la rendija. Excepto Acuña que aún buscaba los botones. Los diez hombres armados que aguardaban en la Ponchenrieder la orden de abordaje palidecieron ante la aparición repentina de las tres imágenes dentro de la gran sala principal. Y todo acabó en un par de destellos.

Que tire la primera piedra

Cuando el Teniente entró corriendo desde la sala de mando se encontró con el regadero de fiambres. ¡Roberto!, gritó, y con llanto desconsolado se abrazó al cadáver de uno de los soldados.

Y dijo Roquesor a Dios:

«¡Hacélo cagar al trolo ese!»

Y Dios enterró su faca eléctrica en la columna vertebral del Teniente. Lejos de alarmarse ante el peligro inminente, Faingersh disfrutaba de la escena:

—¡Hermoso entusiasmo! Vuestra rebeldía me refresca, me hacéis recordar mis tiempos mozos, tú en particular —clavando sus biónicos ojos en los del Golondrino—, tu mirada tiene ese no sé qué que congela, que hiere. ¿Has notado cuánto se parece a la mía?... ¡MUTANTE!

Dios y Gabriel se miraban sin entender. Roquesor sin responder palabra y ante la sorpresa de sus compañeros descendió a 300000km/s sobre el Cibernético Capitán enterrándole la espada hasta el mango en la mollera pelada.

NOCHE DE BODAS

Después de ocho meses de vivir en Andur Roquesor es convencido de contraer matrimonio con Varia. No le molestó la idea; comía como nunca, tenía a su disposición mujeres de distintas razas, laboratorio, biblioteca, gimnasio... Vida de príncipe, faltaba casarse y serlo.

—¡Vamos a hacer una fiesta que dure dos días! —Varia feliz.

—No me gustan las fiestas —Roquesor bufando.

—¡Vos siempre el mismo aburrido!

—Y vos más hueca que violinista de sinfónica.

—Todavía no se casaron y ya se están peleando —entra el rey en la alcoba.

—Pero, ¿con quién la tuviste a ésta, Asdrubal?

—¿Ves papá? —con voz chillona—. A la final, me se habría casado con el Ivan que hacía todo lo que le pedía.

—Hay que ver si Ivan iba a aguantar que lo hagas cornudo con medio Andur —acota Roquesor.

—Ni se iba a enterar el tarado ese.

—¡No tiene límite, eh! —dice Roquesor a Asdrubal con cara de circunstancia.

—Bueno, muchachos —Asdrubal calmado—, dejen un poco para mañana. Es cuestión de saber repartir la bronca.

—¡Vos no me querés, sos un hijo de puta! —la princesa con llanto desconsolado.

—¡Cómo no te voy a querer! Vení tontita, dame un beso —Y la abrazaba mientras pensaba qué iba a comer al mediodía.

La venganza de Ivan

—¡Es lo mismo que en La Tierra! —se asombró Roquesor cuando le explicaron en qué consistía la ceremonia—. ¡En todos lados es igual! ¿Y la fiesta? —pregunta a una de las cocineras.

—Una mesa por familia, servicio de confitería, sonidista, luces, baile, fotógrafo, la ceremonia de las ligas con el tema de Joe Kooker, carnaval carioca...

—No me cuentes más. ¡No zafo ni escapándome a otros planetas!

—Mi amor —aparece Varia con una cajita—, ¡ya trajeron los anillos! Mirá que lindos, a ver, probateló...

Esa noche miles de grotescos recuerdos se paseaban frente a su mirada perdida mientras vestido de pingüino esperaba al final de la eterna alfombra roja. No había paz fuera ni dentro. ¿Conviene la conveniencia?, se preguntaba viendo como el Rey y su hija devolvían sonrisas y saludos a cada vieja sobrecargada de rouge camino al altar. Y la pregunta que tantas veces lo asaltó ¿En qué planeta viven? se transformó por los años y años de soportar más de lo mismo en ¿En qué planeta vivo? La voz de su madre sonaba en su cabeza, que repetía cuando adolescente la sentencia «Te vas a casar con una tilinga, acordáte de lo que te dice mamá». Y la sonrisa de Iván Tolcachir cuyos delgados labios deletreaban “cornudo” en cada cruce de miradas.

EL NARVAL II

—Vamos a buscar todo lo que haya de valor y...

—¡Acuña! —recordó Boccazzi.

Salieron disparados a la otra nave. Juan José jugaba al ajedrez con uno de los soldados mientras el otro observaba. Había ganado la quinta partida.

—¡Eh loquillos, cómo va! —saludó el Enano cuando los tres entraban corriendo, dispuestos a pelear—. ¡No, calma, no pasa nada! Les presento a Nicolás y a Adrián.

Se levanta el que observaba la partida.

—Adrián Felizia —extendiendo la mano al Golondrino.

—Roquesor —solícito el Mutante—. Y ellos son Gabriel y Dios. ¿Y usted?... —dirigiéndose al otro, de actitud retraída.

—Nicolás Dómini.

—Qué tal si nos sacamos estos disfraces y nos sentamos a charlar con tranquilidad —sugiere Gabriel.

—En la Ponchenrieder hay cien cajones de cerveza que confiscamos ayer a una nave comercial —avisa Felizia—. Hay un par fresquitas en la heladera. Si quieren las voy a buscar.

—¡Buena idea! —se apunta el resto.

Así, flotando en el espacio y sin apuro de ningún tipo tuvieron una grata charla con éstos dos soldados renegados que parecían gente respetuosa. Respeto.

A caminar por la borda

—Y, sí —Felizia caliente—, la verdad es que estábamos podridos de aguantar al viejo ese, cansados de tanta mediocridad.

El grupo simpatizaba vivamente con la indignación del muchacho. Dómini, sin gesto alguno se limitaba oír a su compañero.

—Por lo visto —concluye el Golondrino— somos seis desocupados, sin compromisos y por sobre todas las cosas aburridos de soportar estupideces...

El grupo asentía. Dómini callaba.

»Les propongo lo siguiente —sigue Roquesor—. A diferencia de Faingersh contamos con la tecnología para romperle el culo a quien sea. Podemos independizarnos, dedicarnos a la piratería espacial.

—Nah, ¡basta de cosas raras!, ¡delirios no! —Habló Dómini.

—¡Qué es ese ruido! —Roquesor interrumpe. Camina hasta la puerta y se asoma—. Uh, ¡vengan a ver esto!

Todos se acercaron. Cuando Dómini asomó la cabeza lo empujó fuera de la nave.

»Cortito el pataleo, la brazada por detrás de la cabeza, la respiración sale por el costado... ¡ANDÁ A PEDIRLE A LA VIRGENCITA DE LUJÁN QUE TE SALVE AHORA, PELOTUDO!

Cinco días de arduo trabajo y la nave estaba terminada. Podía viajar tanto transformada en luz como con propulsión magnética. Así Roquesor al poco tiempo de haber dejado la Tierra tenía gracias a sus nuevos amigos el pasaje para seguir explorando el universo. El híbrido Narval II protagonizaría nuevas aventuras de piratas.

ESPACIO SIN FRONTERAS

—Mi hermoso pájaro, heraldo del futuro, ¿qué más ves?

—Veo aguas violáceas bajo cielos encendidos, guerra, un futuro salvaje y ¿quién?... ah, un niño, de crines oscuras y torso robusto. Él, nuestro hijo, ¡sí, nuestro hijo!, ¿puedes verlo?

—Sí, y puedo sentirlo. ¿Me llevarás a tu mundo?

—¿Qué mundo?

—El de los cuerdos.

—Oh, mi bella Yardía, no existe tal.

—Pero..., ¿y la frontera?

—Es sólo una línea, no un límite.

—Entonces, ¿podemos ir donde queramos?

—Con nuestro hijo, ¿has pensado un nombre?

—Praezar. Y como para nosotros para él no habrá fronteras.

Así Roquesor y Yardía, la pequeña nereida, volaron sin rumbo a bordo del Narval IV, el Narval orgánico, y sólo ellos y su futuro hijo conocieron la suerte y destino de sus múltiples viajes por el universo.

¡PLAFF!

—¿Qué pasó?

—Nada, una cucaracha.

Epílogo

DOBLE REALIDAD

La Tierra, año 2261.

—Pero, si no eres Dios, ¿quién eres?

—Soy tú.

—Si, ¡ni siquiera te me pareces!

—La gimnasia.

—Por tu culpa ellos creen que soy el Hijo de Dios. ¡Tú has sido el responsable de los milagros!

—¿Milagros? ¡Hasta hablas como un humano!

—Y tu aspecto. ¡Eres un monstruo!

—No soy monstruo ni dios. En algún momento nuestra realidad se dividió. Es mi última hipótesis. Dejé este planeta a las 19:35 del viernes 4 de mayo del 2001. Hace dos siglos y medio.

—Es la fecha exacta en que intenté dejar La Tierra. ¿Eres yo? Entonces, si no soy humano ni Dios..., ¿qué soy?

—Conoces tu naturaleza. En el fondo sabes que en nuestro caso esa pregunta quizá carezca de respuesta.

) (